



ALF REGALDIE

LA HORA NEGRA



Charles Lawford pensó que las prisiones siempre resultaban deprimentes, aunque sus constructores procurasen darles cierta alegría al hacerlas.

Había hecho, Charles, los planos para un gran sanatorio dedicado a enfermos nerviosos y dirigía su construcción personalmente para que no pudiesen desvirtuar lo que había plasmado en los planos.

Y pese a la alegría que había logrado darle, resultaba triste, simplemente, al pensar al fin a que estaba destinado.

Y las prisiones eran peores. Sentía más lástima aún por los delincuentes que por los pacientes afectados por enfermedades nerviosas o mentales.

Estaba entregado a tales pensamientos cuando apareció Paul Gray, el veterano arquitecto.



Alf Regaldie

La hora negra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 855

ePub r1.0

Lds 11.12.17

Título original: *La hora negra*

Alf Regaldie, 1966

Cubierta: Ángel Badía

Ilustraciones interiores: Costa y Ortega

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



NANCY
GRAY

CHARLES
LAWFORD



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Charles Lawford pensó que las prisiones siempre resultaban deprimentes, aunque sus constructores procurasen darles cierta alegría al hacerlas.

Había hecho, Charles, los planos para un gran sanatorio dedicado a enfermos nerviosos y dirigía su construcción personalmente para que no pudiesen desvirtuar lo que había plasmado en los planos.

Y pese a la alegría que había logrado darle, resultaba triste, simplemente, al pensar al fin a que estaba destinado.

Y las prisiones eran peores. Sentía más lástima aún por los delincuentes que por los pacientes afectados por enfermedades nerviosas o mentales.

Estaba entregado a tales pensamientos cuando apareció Paul Gray, el veterano arquitecto.

Charles había logrado del director de la prisión que su entrevista con Gray se llevase a cabo en su propia oficina. Aunque le había pedido que fuese breve.

Gray, el arquitecto preso, antes de intercambiar saludo alguno con su joven visitante, le miró con expresión poco amigable.

Lawford no se dejó impresionar por ello. Lo esperaba.

Y, sin saludar, dijo a su compañero de profesión:

—No piense que vengo a llorar lágrimas de cocodrilo sobre el cadáver de su actividad profesional.

—De acuerdo. Me fastidia la hipocresía —respondió Gray.

—Ante todo, buenos días, señor Gray. No nos conocíamos, a pesar de ser de la profesión.

—Mejor hubiera sido no conocernos jamás, si había de ser precisamente en estas circunstancias.

—Completamente de acuerdo —respondió el visitante.

Gray, de aventajada estatura, vestido con correcta elegancia, bien parecido, frisaba en los cincuenta años.

Sin embargo daba la impresión, por su decaimiento, de que andaba muy próximo a los sesenta.

Contrastaba este aspecto con la arrogante apostura del joven Lawford, el cual había cumplido los treinta años, pero por su aspecto juvenil, deportivo, pese a su reciedumbre, apenas si representaba de veintiséis a veintiocho.

El preso se decidió a tender su mano al visitante, gesto al que Charles correspondió con sincero afecto.

—Me he visto obligado a firmar, por parte de nuestro departamento, la denuncia para que se le detuviese.

—Sabía que la había firmado usted.

—No intento descargarme la responsabilidad...

—Sé que la orden la dio Mark Austen. Es el arquitecto jefe. El no quiso firmarla y le endosó a usted el trago. Siempre sucede igual.

—De acuerdo. Yo la firmé porque era obligación mía. Y porque, según el informe que obra en nuestra oficina, ha sido por causa de su negligencia o de su error, por lo que se ha producido el derrumbamiento.

—Desgraciadamente, las órdenes dadas por mí han desaparecido. Y en su lugar han surgido otras falsificadas. Admirablemente falsificadas. Yo mismo he dudado cuando las he visto.

—Parece que sus enemigos disponen de gente muy capaz —respondió Lawford.

—¿Así pues, usted cree, como yo, que tales órdenes son falsificadas?

—Sí. Por eso mismo he venido.

—Gracias —respondió Gray escuetamente.

—Sin ánimo de inmiscuirme en su vida privada, debo señalar que su forma de vivir no le ha ayudado en este caso... No, ni le juzgo, ni le repruebo.

—De acuerdo.

—En ciertos ambientes, tampoco le ha hecho favor alguno ese primer libro de su hija Nancy. Libro que he leído, y al cual, si algún defecto he encontrado, es ser poco duro e incisivo. Por lo demás, lo

que dice en él, es cierto.

—Usted es joven y la puede comprender. Yo también la entiendo, aunque tengo bastantes años. En espíritu aún quedan en mí impulsos juveniles. Pero esto es apartarnos de nuestra cuestión.

—Exacto —respondió Lawford.

El joven visitante prosiguió, tras breve pausa para reflexionar:

—Sin embargo, era necesario que cambiásemos impresiones en este sentido. Para defenderle, necesito tener su confianza. Y también que usted sepa que le comprendo.

—¿Ha dicho defenderme? —preguntó, asombrado, Gray.

—Sí. No lo hago por compañerismo ni por romanticismo. Sino porque estoy convencido de que usted es inocente, víctima de una conjura...

Gray tardó en responder:

—Estoy seguro de que no se burla...

—No me burlo. Sería indigno...

Tras un lapsus de silencio, dijo Lawford:

—Como le he dicho, firmé porque era mi obligación. La investigación había sido realizada por Austen y tres compañeros más...

—Sí. Es lo señalado por los reglamentos...

—Oficialmente me he tenido que tragar el informe. Pero, particularmente, he disentido de él. Estoy en mi derecho, ¿no? —preguntó el joven visitante.

Para Paul Gray comenzó a brillar la luz de la esperanza. Y respondió:

—Eso no se puede poner en duda.

—Giré una visita. Confieso que para presentarme a los vigilantes hice uso del carnet oficial...

—Un pecadillo que le perdonarán... —dijo Gray.

—E hice una revisión a fondo. No podía imaginar que un hombre de su capacidad diese unos datos fundamentales, algo que es de tipo elemental, equivocados...

—Dirían que estaba bebido...

—Sí. Lo han dicho. Pero yo no lo creí. Y pude darme cuenta de que usted dio las órdenes justas, exactas y hasta vigiló el principio de su cumplimiento...

El arquitecto Gray miró al joven con admiración, y dijo:

—Exacto; me quedé allí hasta comprobar que habían sabido interpretar mis órdenes.

—Luego hicieron el trabajo mal, a conciencia. Y como no era suficiente, debieron ayudar de alguna manera, que aún no he podido entender, a que se produjese el derrumbamiento...

—Exacto. Me he devanado los sesos intentando comprender... Sin embargo, no me han permitido ver aquello... Pero es como usted dice, no hay duda alguna.

—A mi juicio, han provocado el accidente ex profeso, cuando podían haber víctimas, para hundirle a usted definitivamente.

—A mí, y también a la compañía para la que trabajo y de la cual soy parte integrante —señaló Gray.

—¿Ve? Algo en lo que yo no había pensado. Llegué a pensar que se trataba de algo personal.

—Tal vez haya sido personal, aunque no lo creo... ¿Por qué habría de serlo?

—No conozco su vida y no puedo opinar. Pero si usted cree que no ha sido una cuestión personal, lo tendré en cuenta para mi ulterior investigación.

—Convencido de ello... —afirmó el arquitecto Gray.

—Volviendo a lo que hablábamos. Quiere decir que nos enfrentamos con gente que no vacila ante el crimen.

—Convencido de ello.

—¿A quién dio usted las órdenes?

—Las entregué personalmente a un capataz llamado James Howard. Dicen que se siente culpable también y que ha desaparecido. El, técnicamente, debería saber que las órdenes que aparecen como mías eran equivocadas —aclaró Gray.

—¿Han puesto interés en encontrar a Howard? —preguntó el joven arquitecto.

—A mi juicio, ninguno. Tienen al que consideran máximo responsable: yo. Y lo demás parece no importar.

—¿Tenía usted algún enemigo en la obra? Me refiero a algún capataz, alguno de los albañiles...

—Que yo sepa, no. Procuro portarme bien con la gente. Cuando realizan algo que se sale de lo corriente, logro enseguida gratificaciones para ellos... En fin...

—Comprendido.

—¿Qué puede decirme de la señorita Judy Archer? —preguntó Lawford.

Sonrió Gray, entre dolorido y comprensivo, y respondió:

—Tenemos amistad hace apenas tres meses. Difícil de conocer... Lo que podría decirle de ella resultaría de una frivolidad fuera de lugar en este momento —respondió Paul Gray.

—Comprendido. ¿Su antigua esposa?

—La considero al margen de todo. Una buena mujer, a pesar de que éramos incompatibles... Y, por lo mismo, consideramos que divorciarnos era el mal menor.

—Le entiendo. Yo también soy enemigo del divorcio, aunque lo considero un mal necesario en ciertos casos —respondió el joven.

Tras un lapsus de silencio, dijo Gray:

—Bueno, es usted un chico discreto. No me ha preguntado por qué motivo no me he vuelto a casar...

—Supongo que cuando el primer matrimonio sale mal, a un hombre sensible le debe costar mucho reincidir...

—Exactamente. Usted me comprende... Creo que puede ser para mí una gran ayuda.

Iba a hacer Lawford a Gray una serie de preguntas sobre Judy Archer, aun a trueque de parecer indiscreto o de que las respuestas rozasen en una frivolidad poco adecuada al momento, cuando los dos hombres oyeron un taconeo de mujer.

Se trataba de una chica joven, de andares elásticos, femeninos.

Lawford pensó inmediatamente en que Judy Archer iba a ver a Gray, y que era una buena ocasión para conocerla.

Sin embargo, Gray anunció:

—Es mi hija.

Lawford había visto en la Prensa algunas fotografías de Nancy Gray. Fotografías malas, que ofrecían un físico un tanto feo e impersonal.

Entró la joven escritora con el director de la prisión, después que éste se anunció.

Y Lawford hubo de reprimirse para no silbar admirativamente. Las fotografías que había visto, y la chica, si tenían alguna semejanza entre sí, era meramente casual.

En aquel momento pensó que debían asesinar al fotógrafo.

Porque Nancy Gray tenía una personalidad extraordinaria,

poseía una belleza sugestiva, un físico que habrían envidiado las más notables bellezas del cine y, sobre todo, un atractivo fuera de toda ponderación.

El director dijo:

—He creído que usted querría abrazar a su hija. Y he aprovechado la ocasión. Les ruego que sean breves.

Se retiró discretamente, cerrando la puerta.

En cuanto a Lawford, se hizo a un lado para dar ocasión a que padre e hija se abrazaran.

Ella, al pasar junto al joven, que la había saludado con una leve inclinación, le había dirigido una mirada que reflejaba tanta admiración como la de Charles por ella.

Tras el abrazo y el natural intercambio de frases entre padre e hija, el primero hizo las presentaciones:

—Mi hija Nancy...

—Lo he supuesto. Encantado, señorita...

—Ha leído tu libro y lo juzga poco incisivo y, sin calificarlo de blando, considera que carece de la dureza que necesita el tema.

El arquitecto Gray había resumido perfectamente la idea expuesta por Lawford al juzgar el libro.

Y Nancy Gray volvió a considerar a Charles con creciente interés.

Dijo, en respuesta al juicio del joven:

—Pues ya ve la polvareda que ha armado el libro.

—Ha sido entre cuatro espíritus timoratos y entre gente hipócrita. Hay una mayoría de acuerdo con usted y bastantes que opinan como yo: que se ha quedado usted corta.

—Reconforta oírle... Aunque el libro ha venido a hacer más difícil la situación de mi padre...

Paul Gray se adelantó a la respuesta de Lawford para decir a su hija:

—El es Charles Lawford, arquitecto de la Dirección de Obras del Estado.

Casi no le dio tiempo Nancy a terminar la presentación, diciendo de forma impulsiva, arrebatada casi:

—¿Es usted quien lo ha metido en la cárcel y aún se atreve a venir...?

Se apresuró a intervenir el arquitecto veterano:

—Calma, Nancy, no te excites. Me hubiese gustado que ese endiablado temperamento...

—Es exactamente el tuyo, papá.

—De acuerdo. Bastantes disgustos me ha proporcionado hasta que he conseguido dominarlo. Por eso puedo decírtelo con más conocimiento de causa que nadie.

—Como sea, el señor Lawford ha firmado...

—El señor Lawford, hasta ahora, es el único hombre dispuesto a demostrar que he sido traicionado.

—No será fácil, pero lo intentaré —dijo, a su vez, el joven Charles.

—Estábamos tratando de eso —dijo el padre.

La mirada de Nancy, de reflejar violencia había pasado a mostrar la desconfianza que vivía en ella.

—Si confía en mí, mejor. Podrá ayudarme... Aparte la fuerza moral que da el saber que confían en uno —expresó Lawford, suavemente.

—Mi padre ha pecado siempre de confiado e ingenuo. Por eso le han engañado en más de una ocasión —dijo Nancy, más bien en plan acusador que justificándose ella.

—Suced... En fin, señorita Gray, no le pondré la pistola al pecho para que confíe en mí. Y, al final, escribiré mi libro sobre los timoratos, los vehementes desconfiados, los hipócritas y los granujas.

Paul Gray rió, parte por la gracia que puso el joven arquitecto al hablar, parte por el gesto de su hija Nancy.

La impulsiva rubia habría saltado, pero se contuvo en presencia de su padre y también por temor a una reacción negativa en Lawford.

—Desahóguese, señorita Gray. Ello no alterará mis propósitos en lo que al asunto de su padre se refiere...

—Menos mal...

—Hablando con entera sinceridad, le diré que me importa menos sacar adelante a su padre, o a quien estuviese en su lugar, que desenmascarar a los criminales.

—Gracias por su sinceridad.

—La franqueza en mí llega a constituir un defecto, exactamente lo mismo que en usted el carácter impulsivo. Son valores positivos

si se emplean en su justa medida. Pero parece que los jóvenes no sabemos medir aún...

Gray padre volvió a reír de buena gana ante el gesto de asombro de su hija.

Lawford preguntó al padre de la rubia:

—¿Algún dato más que me pueda resultar útil?

—De momento, no se me ocurre nada.

—Gracias. Procuraré mantenerme en contacto con usted... ¿Me permite una pregunta?

—Dígame...

—¿Qué tal se ha llevado usted siempre con Peter Beacon, nuestro insigne político? —preguntó Lawford.

Tras breve vacilación, respondió el arquitecto:

—Ni bien, ni mal... No somos amigos...

—Eso le honra bastante. Y ya que su hija no cree en mí, confíe usted. Gracias.

Se inclinó ligeramente, iniciando la despedida, y estrechó seguidamente la mano que le tendió Gray como expresión de su confianza.

Salió, tras despedirse de Nancy, si bien ella no le tendió su mano.

CAPÍTULO II

Charles Lawford, que había frecuentado bastante ciertos ambientes deportivos, conocía sobradamente a Budy Graame, más conocido por «el Sonado».

Budy había sido una auténtica promesa en el campo del pugilismo, del peso semipesado.

Pero las drogas, entre ellas las estimulantes, el alcohol y su desmedida afición por las chicas, habían hecho de él muy pronto una piltrafa deportiva, un desecho del «ring».

Y el hombre estaba lo que, en términos pugilístico®, se llama «sonado». Palabra que, además, le había quedado como apodo.

Cuando Charles salió del edificio, tras su entrevista con Paul Gray, volvió a ver a Budy.

Lo había observado siguiéndole los pasos durante todo el día anterior y lo que iba de mañana.

Y allí estaba aguardando, aunque procuraba disimular, fingiendo hallarse abstraído en la contemplación de una pareja de monos que hacía las delicias de los transeúntes en un parque vecino, correspondiente a una casa particular.

Cuando pasaba una joven atractiva, no fallaba: la mirada de Budy se desviaba de los monos para seguir a la chica.

Sin embargo, el verdadero objetivo era la puerta de la cárcel.

Budy, como la cosa más natural, inició el desplazamiento hacia el automóvil que le aguardaba y que debía conducir él mismo, un coche más potente de lo que su aspecto podía hacer pensar.

Lawford se detuvo primero junto a su automóvil, aparcado a no mucha distancia del de Budy.

Cuando éste había abierto la portezuela del suyo, retrasando sus movimientos, haciéndose el distraído, Charles marchó a reunirse

con él.

Budy seguía en aquel momento con su mirada, abierta la boca por el asombro, el desplazamiento de una chica estupenda, muy ceñida dentro de su vestido ligero, que caminaba contoneándose exageradamente.

Sin embargo, se dio cuenta pronto de que alguien se acercaba. Y se volvió para encontrarse con Charles.

—¿Qué hay, Budy?

Dio un respingo el ex pugilista y saludó tartamudeando:

—Hola...

—Magnífico coche... Más potente de lo que parece. ¿Quién hizo el arreglo?

—No meta la nariz en donde no le importa, amigo —respondió Budy, rehaciéndose de su asombro.

—Eso está bien, Budy. Y te quería hablar de una cuestión parecida. Me has seguido ayer todo el día, y también hoy. ¿Por qué no continuamos juntos, en tu cacharro? Ahorraremos gasolina y hasta podemos llegar a ser los mejores amigos del mundo.

Hubo otro nuevo respingo de sorpresa por parte de Budy, el cual tardó en reaccionar, diciendo al cabo:

—Amigo, lárguese antes de que le sacuda el polvo.

—De sacudir, nada, Budy Graame. Estás sonado, no te hagas ilusiones.

Era algo que Budy no podía tolerar: que se dijese de él que estaba «sonado».

Bajó el ex pugilista el pie que tenía en el estribo, giró un cuarto de vuelta y se afianzó bien sobre sus piernas.

Se había colocado en posición de ataque e inmediatamente su puño derecho silbó en el aire, señalando un «crochet» perfecto, disparado con fuerza demoledora.

Su sorpresa no tuvo límites cuando vio que fallaba. El arquitecto había esquivado, dando pruebas de su gran clase en la práctica del deporte.

Y el puño de Budy, tras silbar abanicando la barbilla de Charles, arrastró al sonado pugilista, que no estaba preparado para el fallo.

Charles, con la misma facilidad con que había esquivado el golpe, entró en terreno de su contrario y picó con su puño izquierdo de forma magistral, evitando que Budy cayese.

Fue un golpe preciso que detuvo en seco a Budy, el cual lo acusó.

Un nuevo movimiento del arquitecto lo situó en posición de emplear su derecha con eficacia y golpeó en «crochet» también con tanta maestría como la empleada por el propio pugilista.

Pero Budy, «sonado» y bajo los efectos turbadores del primer golpe, no fue capaz de esquivar.

La derecha de Charles llegó a destino, golpeando con dura precisión en la barbilla.

Puso «el Sonado» los ojos en blanco, abrió mucho los brazos y se derrumbó, como había hecho en el «ring» más de una vez en sus últimos combates.

Charles miró en torno. Y descubrió un fulano de mandíbula cuadrada, que estaba junto a un automóvil semejante al de Budy, el cual lo miraba fijamente, como con ganas de intervenir.

Al darse cuenta de que Charles le observaba, «Mandíbula Cuadrada» desvió su mirada.

—No es tan bestia como parece —comentó para sí el joven arquitecto.

Descubrió éste un puesto de flores. Fue a él, compró una y se la colocó a Budy en la solapa, sin que «el Sonado» pudiese enterarse aún.

Nancy Gray, que había salido casi inmediatamente detrás de Lawford, había sido testigo del rápido choque entre los dos hombres e intuyó lo que no había visto.

En lugar de dirigirse a su automóvil, que había detenido muy cerca del de Lawford, se reunió con el joven cuando ya él se disponía a subir a su coche.

—Bueno. Mi padre me ha hecho ver que debo confiar en usted.

—Estaba usted convencida. Pero no quería dar su brazo a torcer.

—Su terrible sinceridad...

—Sí. Es el camino más corto para entenderse con una persona, si ella es inteligente. Y usted lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su libro...

—Sin embargo...

—Sí, su inteligencia está un poco nublada en ocasiones, porque es usted mujer. Pero se le pasa pronto.

—¿Lo de que soy mujer? —bromeó ella, queriendo encauzar la conversación por derroteros más fáciles.

—Me ha comprendido Y además ha tenido gracia. La felicito.

—¿Por qué le ha zurrado? Seguro que está ligado a nuestro asunto.

—Sí. Me ha seguido ayer todo el día y lo ha hecho también esta mañana.

—Yo también llevo otro detrás. Con su parachoques delantero poco menos que pegado a la trasera de mi coche.

—¿Es «Mandíbula Cuadrada»? —preguntó Lawford, sin mirar.

—¡Justo! Es la mandíbula más cuadrada que he visto en mi vida.

—Debe poseer la masa indispensable de cerebro para su funcionamiento —comentó Charles, haciendo reír a la imponente rubia.

El arquitecto echó una mirada a su reloj y movió la cabeza en sentido negativo, diciendo luego a la rubia:

—Imagine que le he preguntado la hora. Y finja que su reloj está parado también.

Nancy hizo lo que le pedía, con toda propiedad.

Miró entonces Charles en torno. La persona más próxima, si es que a «Mandíbula Cuadrada» se le podía considerar persona, era éste.

Y tras echar otra mirada al reloj, se encaminó hacia donde estaba el seguidor de Nancy.

Budy, «el Sonado» comenzaba a molerse y realizaba desesperados esfuerzos por sentarse, apoyándose en su automóvil.

Más de uno había sido testigo de la corta pelea entre el ex pugilista y el arquitecto, pero nadie quería complicaciones y se habían desentendido, incluyendo la vigilancia de la puerta de la cárcel.

«Mandíbula Cuadrada» se sintió sorprendido cuando vio que el arquitecto se le acercaba, y le sorprendió más aún darse cuenta de que parecía llegar en plan amigable.

—¿Quiere hacer el favor de decirme la hora? A la rubia y a mí se nos ha parado el reloj.

—Son las once y diecisiete...

—Exacto. La misma que yo había imaginado. Hora de que se pierda usted de vista y no intente seguir más a la rubia.

Se había producido la sorpresa en «Mandíbula Cuadrada», el cual hizo mención de desenfundar la pistola que llevaba en la funda sobaquera.

—No lo intente. Si consigue tirar, que lo dudo, significaría la cámara de gas.

El fulano bizcó y detuvo su movimiento.

Dijo a continuación:

—Lárguese, «míster», déjeme tranquilo. No resulto tan fácil como ese otro que ha dormido usted.

Tras un breve lapsus de silencio, dijo Lawford:

—Estás advertido, «Mandíbula Cuadrada»...

Sabía bien Charles el efecto que, sobre seres casi primitivos como aquél, hacía el que señalasen sus defectos.

Y el hombre se lanzó de forma ciega contra Lawford, soltando un par de soeces insultos, metiendo la cabeza por delante.

Intentó «Mandíbula Cuadrada» atrapar entre sus brazos a Charles y éste hubo de saltar bastante para esquivarlo.

Se dominaba perfectamente el «gorila» que, contando con aquello, se revolvió rápido, volviendo a la carga, cerrando la salida a Lawford.

Éste no trató de esquivar, sino que propinó a su enemigo un puntapié en una pierna, por encima de los tobillos.

Era lo inesperado para «Mandíbula Cuadrada» que acusó el golpe doblándose de forma inverosímil y alzando la pierna lastimada, mientras daba ridículos saltos, a pesar de su humanidad un poco más pesada de lo que le hubiese correspondido a su estatura.

Lawford supo aprovechar el momento para golpear con precisión, empleando el canto de la mano.

Al primer golpe se estremeció «Mandíbula Cuadrada» y dejó de saltar.

Y al segundo porrazo se fue de bruces como una res apuntillada, quedando boca abajo, con los brazos en cruz.

Caminó Charles sin prisa hasta reunirse con la rubia. Lo hizo con naturalidad, sin fanfarronería, detalle que no pasó desapercibido para ella.

—Ya tiene usted vía libre —anunció el arquitecto.

—Resulta usted sorprendente.

—¿Por qué?

—Actúa sin contemplaciones.

—No lo crea. Esos dos hombres merecen que se les machaque. Ellos no vacilarán en hacerlo con usted, conmigo, si alguno de sus jefes se lo ordena.

—Sí, lo creo; aunque no tengo experiencia alguna con ellos.

—Es mejor que no la tenga. ¿Qué le parece si tomamos algo ligero? Tengo interés en cambiar impresiones con usted.

—¿Sobre mi libro? —inquirió la rubia con cierta coquetería.

—Su libro es importante. Pero pongo en primer plano el asunto de su padre.

—Se lo agradezco. El hace bien confiando en usted. Mi padre creía que tenía bastantes amigos. Y cuando ha llegado el momento en que los podía necesitar, se encuentra que solamente puede contar con un desconocido.

—Adelante. La vida está llena de sorpresas. Yo había visto fotografías suyas y la creía una solterona, poco atractiva físicamente, aunque joven y cargada de dinamita...

—Y ahora le debo parecer maravillosa —dijo ella, en broma.

—La palabra justa sería deslumbradora. ¿Vamos?

—Vamos.

—Condúzcame a algún lugar en donde usted se sienta segura y a su gusto.

—Okay; precisamente hay un pequeño y acogedor restaurante cerca del de Mike Romanoff. Sirven bien y no es caro...

—Magnífico... La sigo.

Nancy demostró pronto que era una experta al volante.

Y Charles pensó que «Mandíbula Cuadrada» debería haber pasado lo suyo para poder seguirla.

El arquitecto pisó el acelerador de forma que se mantuvo casi pegado a la rubia, manteniendo entre ellos la distancia prudencial, dada la velocidad que llevaban y contando con los magníficos frenos del auto de Charles.

Aparcaron el uno junto al otro.

Lawford dio una buena propina al vigilante del aparcamiento y le advirtió:

—No quiero que nadie ande husmeando por aquí.

—Descuide, señor... Y muchas gracias.

Marcharon los dos jóvenes, el uno junto al otro, atravesaron la calzada, caminaron unos metros y entraron en el pequeño y discreto restaurante.

Mientras marchaban juntos, se examinaron el uno al otro. Charles lo hizo de manera normal, mientras Nancy, muy femenina, le observaba de soslayo, aprovechando los momentos favorables, valiéndose también de espejos y cristales de escaparates.

—Llevas un perfume muy personal, muy sugeridor...

—Te fijas mucho en los detalles —respondió ella, rápidamente.

—No lo creas. Los hombres tenemos más bien la visión del conjunto. Pero sabemos apreciar también los detalles que destacan. Y en ti resaltan muchos.

—Gracias. Debo creer en tu sinceridad —dijo ella, con cierta coquetería.

—Puedes creer en ella.

Fue Charles quien eligió sitio tras rápida ojeada.

Y Nancy la que seleccionó lo que debían tomar.

—Confieso que tengo apetito. Apenas he comido ayer y hoy, debido al disgusto. Pero tu aparición para ayudarnos, me ha tranquilizado.

—Ya es algo como principio...

Charlaron de banalidades, sin hacer mención del libro de ella, por considerar el tema, Charles, como un poco escabroso para primera conversación, y sin hablar tampoco del asunto que les preocupaba, por creerlo demasiado trascendente.

Cuando hubieron terminado, ofreció Charles un cigarrillo a la rubia.

—No fumo.

—Al contrario que el personaje femenino de tu novela.

—Ese personaje a que te refieres, no tiene apenas nada que ver conmigo.

—¿Producto de tu imaginación?

—No. Resumen de pasiones, defectos y virtudes de algunas chicas con las cuales he convivido.

—Eres una buena observadora.

—Resultaba fácil. Ellas estaban todas enfermas del espíritu. Yo era el personaje fuerte en quien podían confiar.

—¿Cómo es Judy Archer? No pregunto por simple curiosidad.

—La aclaración era innecesaria —respondió la rubia.

Se mantuvo silenciosa y Lawford, que en principio había intentado sorprenderla por lo inesperado de la pregunta, le dejó pensar entonces.

Tal vez porque reflexionó fue parca al responder:

—Es muy atractiva. En lo demás, prefiero que seas tú quien la estudies. Tal vez resulte un caso interesante.

—¿Por qué? —preguntó Lawford.

—Por su misma vulgaridad —fue la sorprendente respuesta.

—¿Tienes idea de si le ha costado mucho dinero a tu padre?

—Tengo la impresión de que no le ha resultado cara. A pesar de que mi padre es normalmente generoso y de que dispone de dinero. Su fortuna personal es bastante crecida.

—¿La tuya es aparte?

—Sí. Aunque él abona todos los gastos que corrientemente un padre paga a una hija.

—Así pues, tienes un padre magnífico.

—Sí. En todos los aspectos. Me ha educado, ha estado cerca de mí siempre, me ha infundido una moral sólida... Y es extraordinariamente comprensivo.

—Ya te dije que quien menos me interesaba del caso era tu padre. Quería hacer limpieza de indeseables...

—Sí.

—Pero ahora me interesa por él y por ti. Hay en él una gran humanidad, que se refleja en ti.

—Gracias.

—¿No han intentado aún ningún chantaje contra ti?

—No. ¿Por qué se te ocurre tal idea?

—Esa clase de gente no tiene demasiada imaginación. Y contra mí lo han iniciado ya.

—¿Con qué te hacen el chantaje?

—Soy enemigo de la discriminación racial. No selecciono mis amistades por el color de la piel...

—Estoy de acuerdo contigo.

El bromeó:

—Ya ves. Eres de un rubio casi nórdico; yo soy muy moreno. Y, sin embargo, me gustas.

—Yo he pensado antes algo semejante. Pese a esas diferencias, o

tal vez por ellas, me gustas también. Ahora bien, no es precisamente eso lo que más me agrada de ti.

—Parece que nos entendemos. Y sigamos en serio.

—Adelante.

—También me atacan por mi postura política. Pienso que han muerto ya demasiados seres humanos en Vietnam. Y que deben dejarlos a ellos...

—De acuerdo también. Sin embargo, preferiría que no te pudiesen atacar, particularmente, por lo último.

—No te preocupes. No soy un exaltado, no pertenezco a ninguna asociación y ni siquiera discuto ni escribo sobre esas cuestiones.

—Mejor. Aunque pienses de mí que es egoísmo.

—Comprensible. Te hablé de la cuestión para que si inician el chantaje te pillen preparada. No te dejes sorprender y me avisas enseguida.

—Descuida.

—¿Sabes tirar?

—Regularmente.

—Compra un arma, provéete de la correspondiente licencia, y si te atacan, tira a dar.

—¿Crees que puede llegar eso?

—No te asustaría si creyera otra cosa. El hecho de que nos hayan seguido «el Sonado» y «Mandíbula Cuadrada» tiene un significado: *gangsters*.

CAPÍTULO III

Apenas se despidió de Nancy, Lawford, sin perder tiempo fue a hacer una visita a Judy Archer.

Abrió la puerta la propia Judy, después de haber estado examinando al joven arquitecto por la mirilla.

El se dio a conocer, antes de que se decidiese Judy a franquearle la entrada.

—He oído su nombre... —dijo ella.

—Lo supongo. Soy el arquitecto que ha firmado la denuncia contra míster Paul Gray.

—No comprendo por qué ha de venir a mí. De acuerdo, yo tenía, y tengo, una buena amistad con él... Aunque no es lo que la gente imagina.

—No soy un corredor de moral, señorita Archer. Ni pertenezco a ninguna asociación de buenas costumbres.

Judy rió alegremente, deshaciendo el gesto de circunstancias que había compuesto al hablar de Paul Gray.

Lo que había dicho Nancy era cierto: Judy resultaba extraordinariamente atractiva.

La figura era una verdadera maravilla de armonía, de proporciones, de calidad.

Y había más. Su expresión, sus movimientos, aun sin querer, tenían algo que subyugaban. Y recordaban un poco los de los felinos.

Su piel, muy limpia, era de morena clara, los ojos eran inmensos, llenos de vida, claros y luminosos en contraste con lo negro de cejas y pestañas, particularmente las últimas, que tenía largas y rizadas y con las cuales jugaba graciosamente.

Tenía expresión de ser inteligente.

Sin embargo, cualquiera que fuese un poco perspicaz se podía dar cuenta pronto de que no había nada en ella fuera de lo común.

Tal como había dicho Nancy, podía resultar un caso interesante por su misma vulgaridad, encajada en la maravillosa fachada de su anatomía con el adorno de su expresión entre inteligente y atormentada.

Pero aquello era pura mecánica, según pudo apreciar Lawford muy pronto.

Judy procuró disimular, de momento, el agrado que le producía la presencia del arquitecto, cosa que ella consideró impresionante.

—Siento mucho lo ocurrido. Paul es un hombre muy bueno.

—No lo dudo. Se le acusa de un error... ¿Tal vez por ahorrar material? ¿Empujado por sus socios? Acaso usted sepa algo de eso.

—No sé nada.

—¿No se ha confiado jamás con usted?

—No. Bien, me refiero en ese sentido.

—¿No le ha hablado nunca de sus preocupaciones, de sus planes?

—Al principio de conocemos, sí. Pero desistió de ello. Comprendió que me aburría. No soy una intelectual de ésas al menos, no entiendo de construcción.

—Lo suyo es la pintura...

Lo dijo de forma que se podía pensar tanto que hablaba del maquillaje un tanto recargado de ella, muy minucioso, o de las pinturas que con verdadera prodigalidad, estaban adosadas a las paredes.

No se podía decir que fuesen malas; pero carecían de personalidad, exactamente, lo mismo que la hermosa dueña del apartamento.

Judy no captó la intención de Lawford y miró satisfecha para alguno de sus cuadros.

—Sí, entiendo bastante de pintura. He servido de modelo...

—Con un modelo tan maravilloso como usted, ya se puede ser pintor —alabó Lawford.

Enrojeció, Judy, de satisfacción.

Y dijo a continuación, como quitándose importancia:

—No vaya a creer. Cuando poso para carteles de propaganda aún toman mi figura, mi rostro... Pero hay otros que me miran

mucho y luego...

Calló para señalar un gesto de despectivo disgusto y prosiguió:

—Bueno, luego no hay forma de que una se conozca. Ni siquiera hay allí forma ni color de mujer. ¿Y a eso se le llama arte? Dan ganas de romperles la tela en la cabeza y ponerles el marco por collar.

—Si cometen con usted esas indignidades, sí, hay para eso y para más —admitió el joven arquitecto.

Había visto Lawford lo bastante para darse cuenta de que había dinero en la instalación del apartamento y encima de Judy, la cual, en su traje casero, muy ligero, dejando ver bastante y adivinar más, llevaba algunas joyas de considerable valor.

Ella, como si hubiese captado la rápida inspección de Lawford a sus joyas, se apresuró a decir:

—No piense que esto me lo ha regalado Paul. Me gusta conservar mi independencia y puedo asegurarle que las he comprado yo.

—La fortuna personal de Paul Gray le permitiría hacer regalos de esa clase, sin que saliesen del material de sus construcciones —respondió el arquitecto a las palabras de la sugestiva mujer.

Señaló Judy con sus bellos hombros un ademán, que podía significar, lo mismo, indiferencia que despreocupación.

Había una cosa que para Lawford parecía clara: ella no estaba enamorada del padre de Nancy. Y su amistad con él no era para sacarle dinero. ¿Para qué?

—¿Me permite que fume? —preguntó Lawford.

Ella onduló el cuerpo con gracia y entornó los ojos con coquetería muy consciente.

—¿Por qué no ha de fumar? Está usted en su casa.

La voz sonó como un arrullo:

—¿Un cigarrillo? —ofreció Charles.

—Gracias. No fumo. Considero que una mujer no debe oler a tabaco.

—Perdón. Yo había olido aquí a tabaco... ¿James Howard? Me gustaría conversar con él.

Palideció ligeramente la bella; su cuerpo pareció convulsionarse y su mirada destelló de ira.

No se dejó impresionar Charles, el cual dijo:

—Si abreviamos los trámites, usted saldrá mejor. Soy bastante discreto, si la gente sabe corresponder.

—¿Por qué saldré mejor? No le he entendido.

—Usted es inteligente 37 me ha comprendido bien.

James Howard ha desaparecido y éste es su refugio natural. Ustedes se habían prometido.

Hizo la afirmación Lawford sin una sola vacilación.

Judy señaló:

—Haga el favor de salir inmediatamente...

—Como quiera, guapa. No estaré aquí a la fuerza. Pero usted no saldrá beneficiada.

—No estoy prometida con James Howard...

—¿Se han casado ya? —preguntó Lawford con ingenua expresión.

—Márchese, no tengo por qué contestarle.

—A mí, no. A un representante del fiscal o al propio fiscal sí tendrá que responderle.

—No tengo nada que decir...

—¿Por qué ha roto el compromiso? ¿Ha considerado a Howard un cobarde? Tengo la impresión de que lo es... Dígale, de mi parte, que no tiene escape.

Judy dijo al poco:

—He echado a Howard de mi casa. Ha sido muy poco antes de que usted llegase.

—¿Presentimiento?

—No le importa. El no está. Puede enviar al fiscal, si quiere. Pero que sea más simpático que usted.

—Le resultará más antipático, porque le hará una pregunta que yo no le he hecho aún, y es la siguiente: ¿quién le ha pagado para que convenciese a Howard de que debía traicionar a su jefe?

—¡Salga inmediatamente o tendré que llamar a la policía!

—Recuerde que me ha franqueado usted la entrada por su propia voluntad. Y que no me he negado a irme...

Se inclinó Charles, diciendo:

—He tenido verdadero gusto en conocerla...

—Lamento no poder decir lo mismo...

—Saludos a ese cobardón de Howard, al que atraparé más pronto o más tarde...

La provocación surtió al fin el efecto deseado.

Como impulsado por un invisible muelle, salió al pequeño *hall* un hombre corpulento, casi tan joven como Lawford.

Iba en mangas de camisa y empuñaba una pistola automática.

Estaba descompuesto, no se podía saber si por el miedo o por un sentimiento de culpabilidad, aunque también podían influir los celos.

—¡Maldito entrometido! ¡Va a lamentar esto!

Encañonó a Lawford, conminándole luego.

—¡Quieto! ¡Y levante las manos!

—Si alzo las manos debo moverme. ¿Qué hago? Haría bien poniéndose de acuerdo consigo mismo.

Tanto Howard como Judy se asombraron profundamente del dominio de nervios que mostraba el arquitecto.

—¿Quién le ha enviado? —preguntó Howard.

—¿Es necesario que me haya mandado alguien? —preguntó, a su vez, Lawford.

—Sabe usted demasiadas cosas.

—Tenga en cuenta que he estudiado. Usted, en cambio, falló los estudios y tuvo que contentarse con un puesto de capataz; y eso, gracias a la recomendación de la bella Judy —respondió Lawford con despectiva ironía.

No respondió Howard, quien se dirigió a la sugestiva mujer para decirle:

—Hay que terminar con el fulano este.

—Cuidado, Howard. Está usted nervioso y se le puede disparar el arma. La detonación haría ruido, atraería gente. Y un asesinato es siempre enojoso de explicar, y más en sus circunstancias.

—¡Maldita sea su estampa! —Gruñó Howard, mientras Judy permanecía silenciosa, fruncido el ceño, en actitud reflexiva.

Lawford prosiguió:

—Nuestra linda Judy piensa en que sus alfombras se pondrían perdidas con la sangre. Podría salpicar a alguno de los cuadros... Podría quedar estropeada para siempre una de sus obras de arte...

—¡Tenemos que terminar con él! —exigió Howard.

La bella negó, diciendo al cabo:

—No lo veo claro.

—Consulten con el jefe. Que resuelva él, y así la responsabilidad

será suya —aconsejó Lawford en tonillo burlón.

—Tiene que desaparecer —insistió Howard.

—¡Pero qué perra tiene en que debo desaparecer! —dijo Lawford, recriminando a Howard en tono burlón.

Se dirigió luego a la bella mujer:

—Quien debe ocultarse es él. Es quien ha hecho el daño; y así quedará rota la cadena. Yo he venido buscándolo.

—¿Por qué imaginó que estaría aquí? —preguntó Judy, tratando de mostrarse perspicaz.

—Indagué; y ya sabe: por el hilo se saca el ovillo. No carezco de cierta inteligencia —dijo, modestamente, Charles.

—Hay un buen procedimiento para terminar con él, sin necesidad de armar ruido. Es cuestión de sumergirlo en un baño de vitriolo —opinó, al fin, Judy.

Lo dijo con una frialdad digna del momento, como quien habla de una crema de belleza.

—No me gusta el vitriolo. Lo deja a uno totalmente deteriorado...

—Desaparecerá casi totalmente. Únicamente se salvarán sus cabellos —dijo la morena.

—Los puede guardar como recuerdo. Al menos, un mechón —dijo Lawford.

—Sé bien de dónde podríamos sacar todo el vitriolo que podamos necesitar —respondió Howard, acogiendo la idea con agrado.

—¿Me quito el traje ya? Está recién estrenado y sería una lástima que se quemara.

Miró a Howard y dijo, luego, despreciativo:

—Howard es grandote, como yo, poco más o menos, Pero no es más que facha y no le servirá...

La idea hizo reír a Judy de manera incomprensible.

Pero se puso seria pronto para decir a Howard:

—¿A qué aguardas?

—No tenemos el vitriolo aquí.

—Llamaré por teléfono adonde tú digas. Y en tanto, lo inutilizas. ¿O es que no te atreves? —preguntó ella en plan desafiador.

Howard tragó saliva, miró la pistola y pareció dudar.

—Quedamos en que los disparos hacen demasiado ruido —

opuso Lawford, a lo que pudiese germinar en el cerebro de Howard.

Judy actuó rápida, inesperadamente, tomando un candelabro que tenía a mano.

Y dirigió un golpe a Charles, que se hallaba bajo la amenaza de la pistola que esgrimía Howard.

Esquivó el arquitecto de un salto, desviando el golpe.

E inmediatamente empujó a la sorprendida Judy contra Howard.

Tuvo suerte y la sugestiva mujer chocó de cabeza contra el estómago de Howard, quien no tuvo valor para disparar, a pesar de que Lawford estuvo unas décimas de segundo en línea de tiro.

Rodaron al suelo Howard y Judy, gimiendo el primero por el dolor que le había producido el impacto, mientras que la espectacular mujer soltaba una palabra soez dedicada a su compañero.

—¡Bueno! Parece que estamos mal de educación... —comentó en tono jocoso Charles, sin dejar de actuar.

Tras haber empujado a la mujer, cuando Howard y ella formaban un montón informe en el suelo, aplicó un puntapié a la mano armada del hombre, obligándole a soltar la pistola.

Y tras el comentario referido a la falta de educación de ella, repitió con otro puntapié, en aquella ocasión dirigido a las carnosidades posteriores de la espectacular hembra.

Había comenzado ella a levantarse, manteniendo el candelabro en la mano y volvió a caer con cierta violencia, acusando el dolor del impacto.

Howard reaccionó, aunque lo hizo un tanto tardíamente, y se despegó de Judy con cierta violencia.

Esquivó hábilmente un ataque que le dirigió Lawford y saltó luego como hubiese podido hacerlo un tigre.

Trató Charles de esquivarlo, pero Judy intervino con bastante presencia de ánimo, aferrándose a los tobillos del enemigo para privarle de un desplazamiento fácil.

Colocó Charles su antebrazo derecho para defenderse del cabezazo y apenas si percibió el daño, pero salió lanzado con violencia.

Howard y el arquitecto rodaron por el suelo, intentando James dominar con su pecho a Charles.

Actuó nuevamente Judy, la cual golpeó con el candelabro,

alcanzando en uno de los pies a Lawford, que experimentó un lacerante dolor.

Su respuesta fue un puntapié que alcanzó a la sugestiva morena en el estómago, haciéndola aullar de dolor.

Rodó ella, gimiendo y barbotando los más soeces insultos, en total desacuerdo con su aspecto.

Un nuevo cabezazo de Howard dirigido al rostro de Charles cuando éste se hallaba tendido boca arriba, fue esquivado.

La cabeza del traidor rebotó contra el suelo y Charles aprovechó el repentino aturdimiento para girar, esquivando el cuerpo de su enemigo.

Se puso en pie de un salto y entonces golpeó ya de manera definitiva cuando Howard intentaba alzarse.

El puntapié alcanzó la barbilla del traidor. Osciló la cabeza al rudo choque, puso el hombre los ojos en blanco, abrió los brazos en cruz y cayó hacia atrás para quedar fuera de combate al rebotar su cabeza contra un mueble.

A la desesperada intentó la sensacional morena apoderarse del candelabro y Lawford hubo de actuar sin contemplaciones, pisándole la muñeca.

—¡Salvaje...! —gritó ella.

—Suelta eso...

Se agachó, aferrándola del cuello por su parte trasera, ejerciendo en él una lacerante presión para mantenerla dominada.

—Te vas a, estar quieta o lo vas a sentir... No bromeabas cuando lo del vitriolo...

—Suelta o grito...

—Puedes chillar. Yo estoy dispuesto a llamar a la policía o a la oficina del fiscal...

Al terminar de hablar, la obligó a caminar en dirección al teléfono.

Se resistió la bella al principio, se dejó llevar luego y cuando Lawford se detuvo, dijo con voz implorante:

—No debes hacer eso. No te irás a cebar con una pareja de desgraciados como nosotros, cuando los mandones van a quedar libres, riéndose de todos. De nosotros y de ti.

—No creo que los peces gordos se rían. La policía investigará y los sacará. Si es necesario os aplicarán el tercer grado y hablaréis.

—Aunque los saque, no habrán pruebas. Ellos tienen fuerza, dinero... No les sucederá nada.

—Eso no es cosa mía, Judy. Mi obligación es entregaros.

—¿Vas a hacer que una mujer como yo se pudra en una cárcel?

—¡Diablos! Tú estabas dispuesta a que no quedase de mí más que el cabello... Muy poca cosa para lo que es mi humanidad.

—Fue para asustarte...

—Yo también os quiero asustar un poco. Una broma...

Sin soltar a la atractiva morena, alzó el tubo telefónico y se dispuso a marcar con la misma mano.

La bella Judy se le ciñó, haciéndole sentir el peso de sus encantos.

—Sé buen chico. No te arrepentirás... Te lo pagaré bien...

—Tengo mujeres tan hermosas como tú, pero más limpias. Puedes separarte porque me estás dando asco. Y te voy a patear...

Sin hacer el menor ruido, habían aparecido dos individuos en el *hall*. Empuñaban sendas pistolas ametralladoras, con las que encañonaban al joven arquitecto.

—No se mueva, míster, o lo baleamos sin contemplaciones. No nos importa que ella caiga con usted... —Fue la conmiseración de uno de ellos.

CAPÍTULO IV

Lawford se dirigió tranquilamente a Judy, aunque sin soltarla.

—¿Ves, guapa? En la vida hay que saber perder. Los gorilas me ganaron la mano.

Dejó el tubo del teléfono sobre la horquilla y atrajo hacia sí a la sugestiva mujer, diciendo:

—Un beso antes de morir. Porque ellos piensan enviarme al barrio del cual no se regresa...

—Acertó, míster. Y es mejor que lo tome así...

Judy estaba asustada, aunque no habría sabido explicarse los motivos.

Y se dejó abrazar por Charles, experimentando la más extraña emoción de toda su vida, pensando, sin querer, en la próxima muerte del apuesto joven que la abrazaba de manera aparentemente apasionada.

Y, de improviso, se sintió proyectada como una catapulta para ir a caer contra los dos fulanos de las pistolas.

A pesar de que por su «oficio» eran desconfiados, resultaron sorprendidos los dos pistoleros, que ni siquiera dispararon instintivamente, como habría resultado lógico.

Y no dejó de ser una suerte para Judy, que tras un grito de miedo, escupió los más soeces vocablos contra el arquitecto.

Enarboló Lawford una silla de no mucho peso y comenzó a golpear a diestro y siniestro, sin hacer distinguos, aunque dando preferencia a los dos hombres, hasta que quedaron lejos de sus pistolas.

Se rehízo Howard y, aunque torpemente, comenzó a luchar en defensa de Judy, que había recibido dos golpes seguidos que la habían derribado.

Se imponía a fuerza de golpes el arquitecto, pero comenzaba a sentir la fatiga lógica y el efecto de la paliza que recibía por su parte.

Eran demasiados enemigos para él solo, sin tener ocasión para tomar un arma y dominarlos por el miedo.

Quedó medio aturdido de un porrazo y cuando vio que llegaba el que se lo había propinado dispuesto a terminar con él, realizó un esfuerzo lanzándose al contragolpe.

Tuvo suerte y le alcanzó con el resto de la silla, que había destrozado, en el estómago.

Boqueó el hombre, el cual se dobló.

Le golpeó Charles en la nuca y recibió la impresión de que había matado al gorila, el cual se fue de bruces, como fulminado por una chispa eléctrica.

Pero ya Howard y Judy se disponían a lanzarse sobre él para no darle momento de respiro, mientras el otro se dirigía en busca de una de las pistolas caída en el suelo, muy cerca de él.

Estaba el arquitecto cerca de la puerta.

Engañó con una finta a sus dos atacantes, haciéndoles creer que les iba a golpear, y cuando ellos frenaron, abrió la puerta y salió con rapidez.

—¡Cuidado! —exclamó tardíamente Judy.

Saltó Howard para evitar que cerrase.

Iba por el aire y fue recibido por un fuerte puntapié de Charles que le alcanzó en la barbilla y lo lanzó al suelo.

Cerró el joven rápidamente y corrió escaleras abajo, salvando a saltos algunos de los tramos.

Oyó que la puerta del apartamento de Judy era cerrada de golpe y seguidamente llegó a sus oídos el ruido de un individuo que bajaba corriendo y también a saltos.

Una vez en la calle, intentó descubrir a un policía, sin encontrarlo.

Se escondió, pensando en su perseguidor, y lo vio salir a poco. Era uno de los dos gorilas que le habían sorprendido.

El hombre no llevaba la pistola a la vista, pero se le advertía dispuesto a tirar sin temor a nada.

Charles no estaba en condiciones de hacerle frente y prefirió permanecer escondido, viendo cómo el otro buscaba con la mirada,

haciendo hábiles desplazamientos hasta que se dio por vencido.

Volvió a entrar en el edificio, a pesar de lo cual Charles permaneció inmóvil en su sitio.

Acertó, porque el hombre volvió a salir, haciéndolo en plan de intentar sorprenderle si se había confiado.

Al fin desapareció el hombre definitivamente.

Charles volvió a pensar en la policía, aunque no vio a ninguno.

Luego reflexionó.

«La cosa se ha complicado con ese fulano, al cual no sé si he matado o no. Aunque no me sucedería nada a la larga, pues ha sido en defensa propia, denunciar el hecho representará una serie de molestias y de tiempo que necesito para luchar contra ellos».

Pensó también en los ataques que se le dirigirían por parte de un cierto sector de Prensa, si lo que había pensado resultaba cierto.

«Será mejor guardar silencio y proseguir adelante. Ellos no denunciarán el hecho de la muerte de su compinche. Se limitarán a hacer desaparecer su cuerpo... En el caso de que haya muerto, naturalmente».

Tenía Charles su automóvil cerca y se mantuvo en el escondite a ver si salían.

Pero transcurrió más de media hora y al no percibir movimiento alguno, salió.

Se dirigió a un teléfono público y desde allí llamó al apartamento de Judy.

No le respondieron.

Se decidió Charles a entrar en el edificio nuevamente y llegó hasta la puerta del apartamento que con tanta rapidez había tenido que abandonar.

No pudo captar el menor signo de vida a pesar de sus llamadas.

Salió a la calle y dio la vuelta al edificio para llegar hasta el lugar al cual daban las salidas de emergencia.

Consideró que no era necesario arriesgarse a subir. Todas las apariencias eran que sus enemigos habían salido por allí y, por tanto, el apartamento debía estar vacío.

Pensó que había terminado el primer asalto del combate empeñado. Pelea que no había sido concertada a un número determinado de asaltos.

Sentía la satisfacción de que el primer asalto había terminado

con ligera ventaja para él.

* * *

No fue un presentimiento, sino más bien algo premeditado, lo que llevó a Charles a comprar la edición vespertina del *Pacific Star*, diario que defendía los intereses de un determinado grupo político.

Y esta agrupación no era más que la pantalla que cubría a un grupo financiero que dominaba la industria en torno a la construcción.

Aparte de ello, tenían una importante empresa, la Development of Pacific, dedicada a la construcción, principalmente en lo que se refería a obras públicas, desde puentes y carreteras a grandes edificios.

La Development of Pacific era una firma rival de la South California, empresa de la que era uno de los técnicos y accionistas Paul Gray.

No era *Pacific Star* un periódico de gran difusión, sobre todo la edición de la tarde, a pesar de que siempre que tenía ocasión explotaba el sensacionalismo.

Y en aquella ocasión lo hacía, volviendo sobre el «accidente» que, según ellos, por incapacidad y descuido, se había producido en una de las obras a cargo de la South California, accidente que había costado la vida a unos obreros, mientras otros habían resultado heridos.

En otro artículo, en la misma página del primero, aparecía una fotografía en la cual estaban juntos Nancy Gray, la hija del arquitecto culpable, y Charles Lawford, joven arquitecto del Departamento de Obras Públicas.

Especulando con la posibilidad de una boda, se aprovechaban para relacionarlo con lo sucedido al padre de la chica, tratando de sacar consecuencias y haciendo insinuaciones que no favorecían en nada la reputación de los dos jóvenes.

Se hablaba también de la escandalosa novela de Nancy Gray, y aunque no llegaban al insulto, se trataba a la autora con dureza.

Otro artículo se refería a una queja recibida por una Asociación de las Buenas Costumbres.

Tal asociación, según sabía Lawford, estaba dirigida por un pillo

redomado llamado Cecil Morton, adepto a una extraña secta de la que se decía profeta. Ni la asociación, ni la secta, tenían nada que ver con las buenas costumbres, sino que más bien servían de tapadera para ciertos vicios.

Lawford, sentado ante una mesa en la terraza de una cafetería, en la que se debía entrevistar con Nancy, leyó todo con bastante tranquilidad.

Aguardó luego a que llegase la linda rubia.

Ella daba la impresión de estar a punto de estallar.

—¿Has leído el *Pacific Star*? —dijo el joven arquitecto tras el intercambio de saludos.

—Sí... —admitió ella.

—Yo también. Y hay que tener calma, rubia. ¿Me aguardas un momento?

—¿Vas a visitarlos?

—Es lo que había decidido.

—Te acompaño.

—Hay espectáculos...

—Te acompaño —insistió ella, interrumpiendo.

—Está bien. Como quieras. En el primer asalto logré una ligera ventaja. Eran cuatro contra mí. Veremos en el segundo...

—¿Quieres decir...?

—Judy ha vendido a tu padre... En cuanto a Howard, es un sucio traidor, un indeseable. Fue una pena que intervinieran dos gorilas que me arrancaron la presa de las manos...

—Me vas a referir eso mientras vamos al *Pacific Star*.

—El asalto no tiene demasiada historia. Tal vez un muerto, rubia. Te lo señalo para que sepas bien los riesgos que corres.

—Lo comprendí esta mañana, cuando te enfrentaste con los dos «gorilas».

—En tal caso, no hay nada que oponer. ¿Quieres tomar algo?

—Prefiero hacerlo luego, una vez hayamos quedado tranquilos.

—Es posible que no tengamos tranquilidad en un montón de días, rubia.

—Por lo menos, quisiera desahogar mis nervios después de haber leído el veneno que destila ese papelucho.

—Vamos en mi coche. Es más moderno que el tuyo.

Subió la rubia al moderno «Chevrolet», modelo deportivo, de

Lawford, el cual se situó al volante.

Y enfilaron la avenida que les debía conducir a la redacción del *Pacific Star*.

No iban a demasiada velocidad para dar ocasión a Lawford a hacer un relato breve y sustancioso de lo que había sido su enfrentamiento con Judy Archer y con James Howard.

—¿Cómo se te ocurrió pensar en que Judy estaría metida en el sucio asunto?

—Para mí quedó una cosa bastante clara. Howard, al desaparecer, se declaraba culpable. Y tú, esta mañana, hablando de él, me dijiste que había sido recomendado a tu padre por Judy...

—¡Es verdad!

Luego hice ciertas averiguaciones en torno a ambos, pero de carácter elemental, y llegué a la consecuencia de que eran más amigos de lo que hubiese convenido a tu padre.

Nancy se mantuvo silenciosa.

Detuvo Charles el automóvil. Habían llegado.

Saltó, dando muestras de su envidiable agilidad, y acudió a la otra portezuela a tender la mano para ayudar a descender a su rubia compañera.

—Eres el hombre más galante y más atento que he conocido. Bien, mi padre también es así y me gusta.

Respondió Charles en tono humorístico:

—Y tú eres la chica más encantadora que he encontrado, a pesar de esa terrible y escandalosa novela...

Rieron los dos jóvenes que marcharon luego el uno junto al otro, penetrando en la redacción de la difamadora hoja.

Les salió al paso un galoneado portero, al cual dijo Lawford con aires de superioridad:

—Me esperan.

—Sí, señor...

Llegaron ambos jóvenes hasta el primer piso, en donde estaban situadas la redacción y administración.

El personal de oficinas había salido, mientras que en la redacción había aún cierta animación.

Entraron los dos jóvenes por un amplio pasillo al cual daban varias puertas.

Quedaban claros los letreros correspondientes: «Dirección»,

«Subdirección», «Redactor jefe», «Redacción».

Los tres primeros llevaban, además, los nombres de sus titulares.

La sala de redacción era bastante amplia y estaba abierta, mientras las otras tres permanecían cerradas.

La primera era la de redacción y estaba semidesierta.

Pasaron por alto la del subdirector y asomaron, en cambio, a la del redactor jefe, al cual conocía de vista Charles Lawford.

El titular no estaba.

—Una suerte para él —dijo Charles sonriendo.

Se encaminó entonces a «dirección».

Abrió sin pedir permiso y dijo, dirigiéndose a Nancy:

—Las damas primero.

En el pequeño departamento se hallaba el director del *Pacific Star* y el redactor jefe.

Ambos interrumpieron su charla para volverse a mirar a los intrusos.

El director comenzó a decir, señalando la puerta:

—Se pide permiso antes de abrir y...

Se interrumpió de pronto al reconocer a sus visitantes.

Palideció y dijo:

—Hagan el favor de salir...

Movió Charles la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Poco galante, muchacho. Algo inadmisible en un hombre que ocupa ese sitio. Aunque después de leer su repulsivo papelucho, no debería extrañarme.

Se despegó de Nancy, cerró la puerta y sacó el periódico, que llevaba doblado en uno de sus bolsillos.

—Eso es repulsivo. Y ustedes lo saben, ¿no? —preguntó.

—Verá, Lawford, un deber de información... —comentó a decir el director.

—No toque el timbre. Ellos llegarán tarde. Y será peor para ustedes.

Hizo la advertencia el joven con absoluta calma.

Ante el silencio de los otros dos, preguntó:

—¿De dónde han sacado ustedes todo ese veneno?

Prosiguió el silencio. Hasta que preguntó Lawford:

—¿Es que se han comido la lengua, sucios reptiles?

—Haga el favor, señor. Aquí las noticias... —comentó a decir el

director.

Tragó saliva y cuando Charles y Nancy creyeron que iba a proseguir intentando defenderse, guardó silencio nuevamente.

—Prosiga —pidió Lawford.

Le costó trabajo continuar diciendo:

—Ustedes lo saben bien. Aquí llegan las noticias, les damos forma y las lanzamos.

—¿Usted llama noticias a esas insinuaciones calumniosas, maldita rata de alcantarilla?

El hombre se puso en pie. Había enrojecido de ira y dio dos pasos como si se dispusiese a emplear la violencia.

—Me está insultando. Haga el favor de callar y de salir...

—Para mañana va a tener usted una noticia y es ésta...

Atacó Charles de improviso, alcanzando al director del periódico con un puñetazo que lo lanzó por encima de la mesa para caer al otro lado de la misma, quedando encajada su cabeza en el cesto de los papeles.

Trató de zafarse el redactor jefe, pero Lawford lo atrapó por el cuello de la americana, lo hizo volver atrás, le obligó a dar media vuelta y cuando lo tuvo a buena distancia le propinó otro puñetazo en la barbilla.

El redactor jefe siguió semejante camino al director, con la diferencia de que encontró ocupada la papelera y, después de dar con la cabeza en los riñones del director, cayó al suelo, en donde quedó medio aturdido.

Nancy sonrió, sintiéndose satisfecha. Y dirigió a Lawford una mirada que reflejaba viva admiración.

Sin embargo, Charles no se había dado por satisfecho y, yendo a la mesa de trabajo del director, la alzó de un lado y la volcó sobre los dos hombres, aturdidos aún por los puñetazos recibidos.

Se produjo un estrépito bastante fuerte. Los dos hombres gimieron al sentir sobre ellos el peso de la mesa.

—Vamos, rubia. De momento, hay bastante. Con los *gangsters* hay que emplear procedimientos de *gángster*.

Salieron sin apresuramiento.

Habían asomado algunos hombres a la puerta de la redacción y otro en la que llevaba el letrero correspondiente al subdirector.

Lawford se dirigió a él.

—Esos compinches suyos deben necesitar ayuda. Y a usted no le irá mal aprender lo que le toque de la lección. Por hoy, se salva. Ya veremos qué sucede mañana.

Salieron seguidos por las miradas de curiosidad y miedo de los redactores y el subdirector, que tan pronto los perdieron de vista, corrieron a la oficina del director, en donde éste, tras haberse librado de la mesa, se esforzaba, sentado en el suelo, por arrancarse la papelera de la cabeza.

CAPÍTULO V

Lawford despertó sobresaltado.

Y le pareció que el gemido se repetía.

Saltó de la cama, colocando los pies en las babuchas.

Iba a encender la luz, pero se contuvo y cambió de idea, tomando la pistola que había dejado al alcance de la mano.

Oyó entonces el joven arquitecto como si arañasen la puerta de su apartamento de soltero. Y siguió otro gemido.

Vino después el ruido de un cuerpo que se desliza hasta caer de rodillas.

Y Charles sintió que se le erizaba el cabello. Le había parecido reconocer a la rabia Nancy Gray, que le había llamado con voz débil, angustiada.

Temiendo lo peor, ajustó un silenciador a su pistola y se dispuso a salir.

Recordó lo que había dicho aquel atardecer a Nancy cuando ambos salían de la redacción del *Pacific Star*: «Con los “gangsters” hay que emplear procedimientos de “gángster”».

Ellos empleaban a la rubia Nancy como cebo para capturarlo.

Estaba seguro de que lo estarían aguardando.

Sus enemigos habrían calculado que él aprovecharía la oscuridad para apoderarse de la joven y entrarla en su apartamento.

Y entonces podrían tirar a mansalva, cayese quien cayese.

El joven arquitecto descorrió los cerrojos para dejar la puerta libre, e inmediatamente, desde el interior, pulsó el conmutador que encendía las tres luces correspondientes a aquella parte de la escalera.

Y abrió inmediatamente, quedando él casi en la sombra,

mientras los que le estuviesen aguardando quedarían bajo la buena iluminación que había producido.

Tal como había imaginado, había bastante gente aguardándole.

Lo que no esperaba era que los principales de sus enemigos parecían ser los fotógrafos.

Pero tanto éstos, que eran dos, como los dos «gorilas» que les servían de protección, estaban desconcertados.

Reaccionaron, no obstante, cuando vieron que Lawford, en su rápida aparición atrapaba a Nancy, que estaba desmayada, y la entraba con inesperada rapidez.

Dispararon los fotógrafos sus placas y la respuesta fue inmediata.

Sendos disparos del arquitecto destrozaron las máquinas fotográficas, hiriendo una de las balas a uno de los fotógrafos.

Los «gorilas» se aprestaron a tirar también y en aquella ocasión Charles actuó sin contemplaciones, disparando a matar.

La cabeza de uno de los pistoleros dio la impresión de que hacía explosión al ser alcanzada por uno de los proyectiles.

Y el hombre cayó tras girar un cuarto de vuelta.

Otro balazo alcanzó al otro pistolero en el instante en que disparaba. Le dio en medio del pecho y salió lanzado hacia atrás, mientras que su bala se estrellaba contra el techo.

Los dos fotógrafos, perdidos sus instrumentos de trabajo, sin protección y herido uno de ellos, se lanzaron alocadamente escaleras abajo.

Lawford se disponía a cerrar; pero oyó aún que los hombres caían rodando por la escalera en su precipitada huida.

Se apresuró a cerrar, asegurando bien la puerta por dentro otra vez, para que no le pudiesen sorprender.

E inmediatamente, tomó a Nancy en sus brazos, llevándola hasta la cama.

La linda rubia estaba muy pálida, frías, muy frías las extremidades y la nariz, helor que le iba ganando el resto del cuerpo.

Y en un momento en que abrió los ojos, pudo observar Charles que tenía las pupilas muy dilatadas.

Estaba claro que la habían intoxicado, dándole una dosis excesiva de algún calmante.

Se apresuró a entibiar agua.

Mientras realizaba tal operación, se aseguró de que no la habían inyectado.

Se sintió satisfecho al comprobar que la rubia no presentaba señal alguna de aguja hipodérmica.

Le dio a beber el agua tibia; e inmediatamente se produjo el vómito, no vacilando en meterle dos dedos en la garganta.

Repitió la operación de darle más agua y provocarle un nuevo vómito.

Entre las dos veces pudo contar hasta un total de veinticuatro grajeas de calmante, las cuales estaban a medio disolver aún.

La linda rubia comenzó a temblar de frío y el joven la arropó bien, colocándole, además, dos almohadillas eléctricas.

Preparó rápidamente un café muy cargado, que le hizo tomar muy caliente, a pesar de que ella se resistió en principio.

—Vamos, jovencita, no será nada. Te advertí que nos exponíamos a lo peor. Y los muy granujas no han tardado en darme la razón.

Había comenzado a producirse en Nancy una reacción favorable. Intentó hablar ella, pero Charles cortó:

—Si no es muy necesario que hables, es mejor que duermas. Por el momento la situación está salvada, según creo, aunque de todas maneras voy a llamar a un médico. No te preocupes, es un buen amigo.

—Creí que me moría... Me obligaron a tomarlo, a la fuerza...

—Está bien. Descansa...

—Espera... Ellos llamaron por teléfono, diciendo que te habían llevado al hospital en grave estado. Fingieron que era la policía...

A una pregunta de Charles, dio el nombre del producto que la habían obligado a tomar.

—De acuerdo. Duerme. Te hará bien.

—No puedo. Me sucede algo extraño. No puedo hablar y, sin embargo, no soy capaz de estarme quieta...

—Yo estaré aquí, no me moveré. Cierra los ojos...

Llamó al médico, el cual, informado de lo que sucedía, se apresuró a prometer que iría.

—Ten cuidado. Si llevas un arma contigo, puede que no te estorbe. Aunque yo estaré esperando dispuesto a protegerte.

—No te preocupes por mí. Ya sabes que soy capaz de protegerme solo. Cuida a la chica.

—Tal vez encuentres un par de cadáveres en la escalera...

—Bien, estamos habituados los médicos. Y yo digo: un cadáver o dos más, ¿qué importan al mundo?

Terminada la conversación, vio Charles que la linda rubia, vencida por el agotamiento, pasada en parte la crisis nerviosa, dormía, aunque su sueño no era muy tranquilo.

Charles se dirigió a la puerta, tras la cual se puso a escuchar.

Se sentía gente en el lugar donde habían caído los dos pistoleros, aunque se movían con tanto sigilo que, a no estar advertido de lo que sucedía, habrían podido pasar desapercibidos.

Lawford contaba los minutos, calculando con la natural inquietud el tiempo que tardaría su amigo en llegar.

Cuando consideró que faltarían unos cinco minutos, encendió las mismas luces con que había sorprendido a los que le habían atacado a él.

Notó entonces que el movimiento exterior se producía con mayor celeridad, sin que, al parecer, les preocupase excesivamente el ruido, el cual cesó cuando no habían transcurrido aún los cinco minutos.

Unos momentos más tarde de los previstos por Lawford, llegó su amigo.

El arquitecto, manteniendo la pistola en la mano, abrió.

Sonrió el médico, que dijo:

—Tranquilidad absoluta. Ni huellas de cadáveres. Tal vez no los mataste. Te falta, para eso, la práctica que nos sobra a nosotros —añadió, festivamente, el recién llegado.

—Se los han llevado. He oído el ruido...

—Está todo demasiado limpio. Lo cual hace pensar que han borrado toda huella...

Asomó Lawford, que señaló para el desconchado que había hecho en el techo la bala disparada por el pistolero en el momento que caía muerto.

—Como verás, no ha sido un sueño... Aunque han quitado también los fragmentos de yeso que cayeron. Más que verlos, los sentí, por la posición que yo ocupaba.

—Está claro que han querido borrar todo vestigio. Y hasta

habrían reparado el techo a no ser porque no les habrías dado ocasión...

Habían entrado, cerrando una vez dentro los dos.

—¿Y la chica?

—Parece que ha reaccionado bien. Está dormida o medio dormida.

—Mejor...

Cuando Charles le dijo el nombre del producto que habían obligado a ingerir a Nancy y el número de grajeas que había contado, dijo el recién llegado, tras examinar rápidamente a la atractiva rubia.

—Le has salvado la vida. Y te has librado de un lío espantoso.

—¿Crees que hubiese muerto? —preguntó Lawford.

—Personas de más peso que ella han muerto con una dosis semejante y aún más corta.

El médico inyectó vitaminas que debían contrarrestar los efectos de los barbitúricos que había asimilado el organismo de Nancy y prescribió luego lo que debía ir tomando para irla reanimando.

—¿Así pues, han querido asesinarla? —preguntó Charles.

—Sí. Y han tratado de envolverte a ti en su muerte. ¿Imaginas lo que habría supuesto para ti?

—Sí...

—Con pruebas de fotografías y todo...

—Sí. Me habría tenido que someter a un chantaje continuo o se habría dado el escándalo —dijo Charles.

—Exactamente. ¿Con qué fin? —preguntó el médico.

—Hay un terrible embrollo en todo esto. Un enredo en el que juegan muchos intereses. En principio, pensé que podía ser una cosa personal dirigida contra el padre de Nancy.

—¿Es Nancy Gray? —preguntó el médico.

—La misma...

—Una chica valiente. He leído su libro...

—Cuando oí que llamaba a mi puerta, pensé que la empleaban como cebo para asesinarme. Luego, al descubrir a los fotógrafos, pensé solamente en el escándalo... ¿Imaginas a Nancy Gray, intoxicada, recogida por mí a la puerta de mi apartamento?

—Sí... Era más que suficiente para hundiros. Pero parece que no les bastaba. Necesitaban complicarte en una muerte. Lo otro, en lo

que a ti se refería, se hubiese considerado una simple calaverada de soltero.

Tras observar una reacción favorable en la joven, se despidió el médico.

—Sigue fielmente las instrucciones que he dejado escritas y verás cómo mejora rápidamente. Si observases alguna anomalía, me llamas a la hora que sea. Dejaré dicho en dónde me puedes encontrar, si me viese obligado a salir.

—Gracias, Glenn.

—Duerme tú también tranquilamente. Empeñado en esa dura lucha, lo necesitas más que nadie... Y cuenta conmigo también, si te ves en un apuro y hay que repartir leña a destajo.

Glenn Meyer, de la misma edad que Lawford, que había destacado también en la Universidad como atleta, estrechó la mano de su amigo y le deseó suerte.

* * *

Budy Graame, «el Sonado» no había conciliado el sueño con tranquilidad ni en una sola ocasión, desde que Charles Lawford le había zurrado, dejándolo fuera de combate.

Su obsesión era volver a enfrentarse con el joven arquitecto, seguro de machacarlo.

Pero no dejaban enfriar su furia las repetidas noticias recibidas sobre las violencias del joven en respuesta a los ataques.

«Mandíbula Cuadrada» aseguraba que le había sorprendido. No era muy creíble, tras haber presenciado cómo le había zurrado a él.

Había pegado ignominiosamente al director del periódico y a su redactor jefe, que eran jóvenes y corpulentos.

Pero lo que le ponía más en cuidado era que había hecho frente a dos hombres armados, matando a uno de un golpe, para, horas más tarde, hacer frente a los fotógrafos y sus guardaespaldas, a los cuales había liquidado.

Era la última noticia la que más le inquietaba.

Entre sueños, pues estaba de guardia, oyó el repiquetear del timbre telefónico.

Tomó el aparato y, apenas había preguntado quién llamaba, le dieron la contraseña correspondiente, diciendo luego:

—Que se ponga Herbert al aparato.

—En seguida...

Llamó Budy al jefe del grupo de acción, al cual conocían por Herbert, «el Tranquilo».

Respondió a la contraseña que le dieron, cuando tomó el aparato, e inmediatamente recibió órdenes:

—Herbert, muchacho. Hay una denuncia contra Cecil Morton y van a hacerle una visita. Él está avisado ya y lo está poniendo todo en orden.

—Bien. Adelante.

—Hay que sacar de allí a Howard...

—Ese tipo está dando demasiado trabajo, patrón...

—Es lo que hemos pensado por aquí. Os lo lleváis para protegerlo... Y no quisiera volverlo a ver. Al menos, vivo.

—*Okay*, patrón. ¿Qué hacemos con ella?

—Ella ha encontrado un buen agujero y se ha retirado de la circulación. Podemos dejarla en paz, por el momento.

—Como diga, patrón. Pero no me gusta dejar cabos sueltos...

—El fulano está estrechamente vigilado. No hay cuidado, por el momento. Ahora quedará en ridículo, porque ha sido él, precisamente, quien ha denunciado a Morton. No perdáis tiempo...

—Vamos enseguida, patrón.

—No quiero un fallo más, Herbert.

—Tranquilo, patrón. Anoche me hubiera gustado ir, porque a mí no se me hubiese escapado. Pero uno no puede estar en todos sitios.

—Tranquilo, muchacho. Y suerte...

Estaban identificados y cortaron la comunicación por ambas partes casi en el mismo instante.

* * *

ra muy temprano aún cuando Herbert, «el Tranquilo», al cual acompañaban Budy, «el Sonado» y Kirk, «Cremallera», llegaron a la villa que, rodeada de un vasto parque-jardín, servía a Cecil Morton como domicilio propio de la pretendida Asociación de Buenas Costumbres, de la secta de la cual se hacía llamar profeta, y de otras actividades inconfesables que se cubrían con las primeras.

Howard, el desleal capataz, aguardaba vestido y con un pequeño

maletín, en el cual llevaba alguna ropa y sus útiles de aseo personal.

Kirk y Budy quedaron en el automóvil, un potente «Lincoln» negro y cerrado, mientras que «el Tranquilo» llegó hasta el *hall* de la villa, en donde Howard escuchaba las exhortaciones de Cecil Morton en su papel de profeta.

«El Tranquilo» apenas saludó, dirigiéndose a Howard:

—Así me gusta, muchacho, la puntualidad. Vamos, y no hagas demasiado caso a ese hipócrita.

No protestó Morton, a quien «el Tranquilo» no le resultaba simpático. Pero, mentalmente, le deseó un rápido y mal final.

«El Tranquilo», bien en su papel, preguntó a Howard cuando hubieron dejado a Morton:

—¿Tienes adónde ir, muchacho?

—No. Yo creí...

—El patrón ha dado libertad para que te llevemos adonde tú quieras. O que te busquemos un buen alojamiento, si no tienes ninguno.

—Si tuviera un buen agujero en donde meterme, no me habría refugiado en casa del fulano este. Creí que era otra cosa.

—Es un redomado hipócrita. Y no ha querido enseñarte lo bueno que tiene ahí, por miedo a que te vayas de la lengua...

Se dirigió a sus dos subordinados, a los que preguntó:

—¿Verdad, muchachos?

Los ojos de Budy destellaron de alegre picardía y el hombre afirmó enérgicamente con la cabeza, chasqueando al propio tiempo la lengua.

El «Cremallera» se limitó a afirmar con un gruñido nasal, manteniendo la boca, que tenía grande, muy juntos los labios como si estuviesen unidos por una cremallera.

Era, precisamente, el «Cremallera» quien iba al volante. Y «el Tranquilo» le ordenó:

—Nos vas a llevar a la tasca de Dorothy...

Gruñó el «Cremallera», dando su aprobación. E inmediatamente puso el «Lincoln» en marcha.

«El Tranquilo» dijo a Howard, en tono festivo:

—La tasca de Dorothy no tiene la apariencia de esa villa de Morton. ¡Pero allí sí que se divierte uno sin miedo! A veces hasta salen planes con las chicas que pasan camino de Las Vegas. Y mejor

aún con las que vienen, con sobra de bebida y sin dinero.

Le dio una palmada en la espalda y exclamó:

—¡Eres un fulano de suerte! Y más de uno quisiera estar en tu piel. Pero el cochino trabajo nos obliga a danzar de un lado para otro, ¿comprendes?

A varias millas ya de Los Ángeles, Budy exhaló un suspiro de alivio y se dirigió a su jefe.

—Creí que nos seguían. Pero han tomado por otra carretera. Por si acaso, he tomado matrícula y modelo... Si vuelven a aparecer, habrá que ir a preguntarles cómo se llaman...

No volvieron a ver el automóvil.

Faltaban tres millas para llegar a destino, cuando vieron pasar por encima de ellos un helicóptero biplaza, particular.

El hecho no les preocupó en absoluto, pues los del aparato no dieron la impresión de fijarse siquiera en ellos, y para mayor tranquilidad, desapareció rápidamente de la vista.

«El Tranquilo» pensó que Howard tenía una cabeza buena para hacerla volar de un par de tiros.

CAPÍTULO VI

El lugar resultaba acogedor, aunque el establecimiento de Dorothy Hall tuviese un aspecto rústico.

Estaba constituido por una amplia cabaña con gran porche y cuya sala delantera, grande y bien ventilada, constituía la parte de establecimiento destinada a público.

Luego, a un lado, existían unos pequeños reservados.

Y sobre la cabaña había piso en la parte posterior, mientras que a la delantera correspondía una terraza en donde, en ocasiones, se celebraban escandalosas fiestas.

La cabaña estaba aislada de toda vivienda humana en más de un par de millas a la redonda.

Tras la cabaña se extendía una zona de bosque, el cual estaba cruzado por dos corrientes de agua limpia, transparente, una de ellas verdadero paraíso para los pescadores.

Era la más alejada de la cabaña. Ésta contaba con agua propia, de un manantial que surgía en la parte posterior.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó «el Tranquilo» a Howard, que en un momento dado del viaje, al verse rodeado de soledad, llegó a sentir miedo.

—Eso va bien.

—Dorothy no es ninguna niña, pero tampoco se puede decir de ella que sea una abuelita... Pero eso es cosa tuya, muchacho...

—Me basta con que se olviden de mí. Y quiero tranquilidad.

—Con el tiempo puedes servir de camarero. Bastará dejarte bigote y un poco de barba. Lo pasarás bárbaro con la clase de gente que se deja caer por aquí —dijo Herbert, en un rasgo de humor.

«El Sonado» se mantenía silencioso; sabía bien que, de intentar hablar, rompería a reír sin remedio. Le hacía gracia el cinismo de su

jefe y la idea del cadáver de Howard con barba y bigote.

El «Cremallera» detuvo el automóvil antes de llegar a la curva en donde se hallaba la cabaña, prosiguiendo su marcha tan pronto descendieron los dos pistoleros y Howard.

—Vamos por aquí, muchacho. Por el momento no conviene que te dejes ver. Y no sabemos quién puede estar en la tasca de Dorothy.

—Es un sitio demasiado frecuentado...

—Tú estarás arriba. Y esa parte ella no la usa más que alguna noche que otra. Pero estarás independiente.

Subieron por una recia y tosca escalera, acompañando «el Sonado» a Howard, mientras que «el Tranquilo» se dirigía a hablar con la dueña de la cabaña.

«El Tranquilo» había dicho la verdad: Dorothy, sin ser una chiquilla, resultaba atractiva e interesante con sus casi cuarenta años.

Mantenía el tipo y la frescura, a pesar de que su vida no era un modelo de buenas costumbres.

Herbert asomó, saludó y se limitó a decir:

—Pon música. Algo alegre, de eso que despierta a la juventud...

—Okay —respondió Dorothy, con voz enronquecida.

Dio al tocadiscos automático y siguió atendiendo a los tres clientes sentados a la barra, tres camioneros que pasaban por allí con frecuencia y que la miraban con ojos tiernos, en silencio.

Uno de ellos dijo, al fin:

—Una mujer como tú es lo que necesito yo.

Se atrevió a decirlo porque las palabras quedaban poco menos que inaudibles por el escándalo del disco de turno.

Ella oyó perfectamente, sonrió con expresión que reflejaba generosidad, y correspondió diciendo:

—Y, lo que yo necesito es tres hombretones como vosotros...

Uno, silencioso siempre, alargó una zarpa, tratando de conocer lo que había de verdadero en Dorothy, y ella respondió con un manotazo que estuvo a punto de derribarlo del taburete.

Rieron los cuatro.

En tanto Herbert, «el Tranquilo» se había reunido arriba con Howard y Budy, «el Sonado».

Abrió Herbert una puerta. Una sala amueblada toscamente con mesa, sillas y un amplio diván, quedó a la vista.

Al fondo se abría una puertecilla.

—Allí tienes la alcoba. Pequeña, pero para un tipo solo... Aunque también caben dos y nadie pregunta nada, ¿entendido?

Guiñó un ojo significativamente y Budy, «el Sonado» no pudo aguantar ya la risa.

Howard, receloso, objetó:

—Demasiado para mí...

—No hay nada peor ni mejor. Y aquí no te llegarán los ruidos de la sala que, en ocasiones, son excesivos...

Se resistió Howard a entrar.

—Vamos, pasa...

—Es igual. Dame la llave... Prefiero respirar aquí un poco de aire. El viaje y la falta de dormir me han fastidiado...

—Vamos, entra. Dorothy viene enseguida. Debes conocerla antes de que nos marchemos...

Lo empujó sin violencia, pero con firmeza que preocupó a Howard, el cual soltó el maletín, aferrándose al jambaje de la puerta para evitar que lo entrasen en la sala a la fuerza.

«El Tranquilo», sin dejar de sonreír, golpeó en el estómago a Howard.

No fue un golpe duro, pero, sin embargo, le obligó a ceder en parte, doblándose hacia adelante.

Empujó «el Tranquilo» una vez más.

La burlona expresión de su semblante resultó inquietante para Howard, el cual entró más deprisa de lo que los dos pistoleros podían calcular.

Y el hombre se apresuró a refugiarse detrás de la mesa.

Entraron Herbert y Budy.

—¡Quietos ahí! ¡Quietos ahí o grito!

—¿Puede saberse qué te sucede? Somos amigos, ¿no?

—Nada de amigos. Os he conocido... No deis un paso más. Gritaré. Y me defenderé...

Para demostrar que estaba dispuesto a no entregarse, tomó una silla por el respaldo y la sopesó, como disponiéndose a lanzarla.

—Puedes gritar... No te oirá nadie. En la tasca hay tres fulanos y están entretenidos con Dorothy y con la música. Y por aquí no hay nadie más...

—Vamos, suelta la silla. Nos sentaremos a esperar... Hasta

podemos ir en busca de algo para refrescar —propuso Budy.

Avanzó sin prisa por uno de los lados, mientras Herbert lo hacía por el otro.

Trató de escapar Howard, haciendo una finta, fingiendo que se iba hacia la habitación, y cuando descolocó a Budy, enfiló de un salto hacia la puerta.

Saltó «el Sonado» como un tigre y trabó al otro por los pies, derribándolo y cayendo con él.

—¡Buen golpe! —exclamó Herbert.

Howard disparó ambos pies, soltándose de Budy en un momento en que éste había aflojado para asegurar su presa.

Y el hombre repitió el golpe, alcanzando en la cara al ex pugilista, que acusó el porrazo, quedando medio aturdido.

Pero Herbert había saltado, cayendo sobre Howard con ambos pies, cuando ya éste comenzaba a levantarse.

Llevaba Herbert preparado un rompecabezas con el que se dispuso a terminar rápidamente con Howard.

Se proyectó una sombra en la puerta.

Era Charles Lawford que conminó a los dos pistoleros:

—¡Quietos!

Rodó Herbert calculadamente hacia un lado, desenfundando al mismo tiempo una pistola ametralladora.

Budy había terminado de despejarse al escuchar la voz odiada y temida a la vez, y giró hacia el otro lado, maniobrando de forma semejante a como lo hacía Herbert.

Tiró Charles al ver que se le desobedecía y que los pistoleros no pensaban en bromear.

La primera bala dio de lleno en la cara de Herbert, el cual quedó inmóvil, reflejando su rostro un gesto de estupor, con el cual le sorprendió la muerte.

Budy quiso esforzarse en ganar la acción a Lawford y giró nuevamente, tratando de esquivar el disparo, buscando a su vez una buena posición de tiro.

Pero oyó el leve ruido que produjo la pistola al soltar la bala, la cual le dio en el mismo momento, entrándole por uno de los ojos.

Quedó de bruces, inmóvil, tras sufrir un estremecimiento, y dejó caer la pistola que quedó cubierta por su cuerpo.

Howard, aturdido, no había oído los disparos debido al

silenciador que llevaba ajustada la pistola, y quedó mirando, con expresión que reflejaba asombro, a los dos pistoleros.

Para convencerse de que no soñaba, dijo a media voz:

—Muertos. Están muertos...

—Justo. Están muertos. Como puedes estar tú dentro de muy poco tiempo. Y lo habrás ganado a pulso.

—¡El arquitecto Lawford! —exclamó Howard.

—Sí, sucio traidor, rata inmundada. El arquitecto Lawford...

Tras breve silencio, dijo el joven:

—¡No pensarás que he arriesgado la piel por salvarte!

—Es de suponer que no.

—Ponte en pie. Recoge tu maletín, y en marcha.

—¿Adónde vamos?

—A la oficina del fiscal. Estoy seguro de que tienes bastantes cosas que decir, en lo que se refiere al derrumbamiento del nuevo hospital, que se construía bajo la dirección del arquitecto, señor Gray.

—¡Por favor, señor Lawford...! ¡Yo...!

—¿Cómo te atreves a pedir favores, granuja?

—¡Apenas sé nada, de verdad!

—A ti te recomendó Judy Archer.

—Sí, señor...

—Señaló que eras competente y fiel...

—Sí, señor...

—Y tú traicionaste a tu jefe...

—Sí, señor. Yo haré la confesión por escrito, la firmaré. Pero debe dejarme ir... Ya ve lo que ha estado a punto de suceder.

—Responderás a las muertes que se produjeron en el derrumbamiento.

—¡Yo no soy culpable! Me amenazaron...

—Eso lo explicas al fiscal.

—¡Apenas sé nada, de verdad! Ni siquiera conozco al que me daba las órdenes...

—No mientas. Lo conoces bien. Te las daba personalmente Gene Patrick...

Howard abatió la cabeza y admitió:

—Sí, señor. Es cierto.

—No hay más que hablar. En marcha.

Acompañó Charles sus palabras con un gesto imperioso y Howard inició la marcha, mientras el joven arquitecto enfundaba la pistola con que le había mantenido encañonado.

De improviso, el traidor capataz cargó contra el joven, derribándolo. Y se lanzó luego a la carrera, sin aguardar a más.

Charles trató de zancadillearlo desde el suelo, pero Howard saltó, pudiendo esquivarlo.

Y ganó la puerta, por la que salió lanzado al exterior.

Se oyó una ráfaga de pistola ametralladora y Howard, que había salido del círculo de visión de Charles, volvió a entrar en él, señalando tantas sacudidas como impactos hacían las balas en él.

Finalmente, giró media vuelta y cayó de bruces, quedando en la puerta, cruzado, muerto.

Charles, sin levantarse, adelantó rápido hasta quedar en la misma puerta, medio cubierto con el cuerpo de Howard.

Apenas asomó la cabeza, aunque no había visto a nadie, se retiró.

Y casi al mismo tiempo se oyó el ruido de otra ráfaga de pistola ametralladora, disparada desde bastante cerca, y algunas de cuyas balas le abanicaron aún la frente.

Cesó la ráfaga y empujó entonces el cuerpo de Howard.

Volvieron a disparar, hasta que se dieron cuenta del error.

E inmediatamente asomó Lawford con la pistola por delante.

Sabía ya donde tenía a su enemigo y disparó a su vez.

A los tiros, siguió un juramento y se oyó a alguien que bajaba rápidamente la escalera.

Pero se interrumpió el ruido normal de bajada, que fue seguido por el de una aparatosa caída.

Asomó Charles y descubrió a Kirk, «Cremallera» que había caído rodando el último tramo de escalera.

El pistolero, al quedar frenado en el suelo, miró hacia arriba.

Había conservado su pistola, a pesar de la aparatosa voltereta y de las heridas recibidas, y alzó el arma.

Lawford había vigilado sus movimientos. Le hubiese gustado capturar vivo al gángster, pero hubo de apresurarse y tirar a lo que saliese.

Tuvo suerte, pues su bala hizo blanco cuando ya el «Cremallera» iniciaba su ráfaga, cuyas dos balas salieron desviadas por el estertor

de la muerte, quedando cortado el tiroteo casi en su iniciación.

A oídos del arquitecto llegó el ruido, porque era infernal, del disco colocado en el aparato tocadiscos.

Lawford se mantuvo inmóvil, silencioso, tratando de saber si había algún enemigo cerca.

Al no observar movimiento alguno, se fue confiando y salió.

Guardó la pistola y descendió tranquilamente.

James Howard ya no le servía como testigo, había quedado inutilizado en todos los órdenes.

En lo sucesivo resultaría más difícil demostrar la inocencia del padre de Nancy.

Consideró que las cosas se enredaban más cada vez, impidiéndole pedir la colaboración directa de la policía.

Pero podía complicar los asuntos a sus enemigos, haciéndola intervenir de manera indirecta.

Los discos estridentes se sucedían en la tasca, haciendo posible que los que se hallaban en ella no hubiesen oído el ruido de la pistola ametralladora.

El joven se encaminó hacia el lugar en donde le aguardaba el helicóptero que lo había llevado hasta allí.

En el helicóptero se hallaba Glenn Meyer, el médico que había atendido a Nancy.

—¿Cómo ha ido la expedición?

—No he podido evitar que lo asesinaran.

—Mala suerte...

—Sí... Pero démonos prisa. Quiero charlar por teléfono con la policía.

—¿Lo has pensado bien?

—Si. He de crear dificultades a mis enemigos. Y la primera será que vengan a investigar a ese refugio. No creo que lleguen a tiempo de retirar los cuatro cadáveres y borrar las huellas de la lucha.

—Adelante...

—Tengo también un nombre en cartera. Antes se trataba de una sospecha. Howard lo ha confirmado antes de caer acribillado.

Poco después, Lawford, manteniendo su incógnito, avisaba a la policía más próxima al establecimiento de Dorothy, para que fuesen a retirar cuatro cadáveres.

Y añadió:

—Se trata de tres gangsters y un pobre diablo llamado James Howard. Era capataz del nuevo hospital en construcción y en el cual se produjo un derrumbamiento...

—¿Quién es usted? —preguntaron.

—Eso no importa ahora. Vean lo que les he dicho... Si les interesa, naturalmente.

CAPÍTULO VII

Charles Lawford se presentó inesperadamente en el bufete de abogado que tenía Peter Beacon, el líder político del grupo financiero capitaneado por Noel Chase, Jacob Holden y Frank R. Miller.

En el mismo apartamento, aunque aparte de su jefe, tenía su pequeña oficina Gene Patrick, secretario de Beacon en lo que a su carrera política se refería.

Lawford no ignoraba tal circunstancia; ni ignoraba tampoco que Patrick se había ausentado no hacía mucho.

El arquitecto fue recibido por un viejo pasante de Beacon, llamado Brown.

El hombre abrió la boca para decir que el político no estaba visible, pero Charles le atajó, diciendo:

—No se preocupe. Terminó de hablar con él y me está esperando, aunque no está para nadie más.

No se molestó en aguardar a que lo anunciaran, sino que marchó directo hacia la pieza en que, por su situación y aspecto, debía estar el político y abogado.

Se hizo notar con los nudillos y abrió inmediatamente, anunciándose al cerrar la puerta tras él.

—Charles Lawford, arquitecto.

Intuyó el recién llegado que Beacon iba a llamar, y se apresuró a decir:

—Es mejor que no llame a sus secuaces. Nos entenderemos mucho mejor solos. Será la única forma de evitar la violencia.

Beacon tenía ya bastantes referencias de Lawford y, teniéndolas en cuenta, detuvo el brazo que iba a emplear para llamar.

—Esto es un allanamiento y usted no lo ignora. Salga, por

favor...

—Dejemos las frases, Beacon. Un allanamiento tiene menos importancia que un asesinato. ¿De acuerdo?

—Es indudable. Pero no pensará...

—Sus secuaces asesinaron a James Howard; pero James había hablado antes de morir. Por otra parte, yo no necesitaba que éste hablase. Había comprobado la sucia maniobra y sabía de dónde salía...

—Es como si usted me estuviese hablando en japonés, idioma que desconozco.

—Lo siento por usted. Le habría valido bastante más dedicarse al estudio de unas cuantas lenguas, incluso el japonés, antes que meterse a gángster.

El político palideció. Y dijo, con voz que temblaba ligeramente:

—Repórtese o me obligará a llamar, suceda lo que suceda.

—Le diré la primera parte. Barreré a los pistoleros que puedan acudir. Y después de terminar con ellos haré lo propio con usted.

Señaló el joven una pausa y prosiguió, diciendo:

—Con los gangsters hay que emplear procedimientos de gángster. De otra manera, corre uno demasiados riesgos.

Antes de que Beacon pronunciase una de esas frases que cualquier falto de imaginación suele soltar, dijo el joven:

—He descubierto bastante en lo que a la organización de ustedes se refiere. Por ejemplo, que tienen una conexión en la policía. Y me he servido de ella.

El político reflejó en su rostro incredulidad y asombro.

—No exagero, y se lo demostraré. La denuncia contra Cecil Morton se hizo a instancias mías. Yo sabía que el enlace de ustedes en la policía avisaría a Morton y éste se vería obligado a hacer salir a Howard. Y así yo podía cazar a Howard sin necesidad de entrar a la fuerza en casa de Morton, al cual le llegará su hora...

El asombro de Beacon iba en aumento. Quiso defenderse, comenzando a decir:

—Yo...

—Es mejor que no diga nada aún. Y piense bien sus palabras antes de soltarlas. Puedo llevar un magnetofón de bolsillo que las registre y, aunque no puedan servir de pruebas formales...

Dejó la frase en el aire, llevando una inquietud cada vez mayor

al ánimo del político.

Lawford prosiguió:

—El fracaso de la policía en casa de Morton les ha hecho comprender que había un traidor entre ellos. Y en estos momentos están realizando las investigaciones para descubrirlo. No hay mucha gente en condiciones de avisarles a ustedes lo referente a la incursión de la policía. Y el traidor será descubierto pronto, si no lo han encontrado ya.

Beacon hubo de realizar un esfuerzo para no demostrar el miedo que comenzaba a ganarle.

—He descubierto el refugio que tienen ustedes en la cabaña de Dorothy Hall. La policía está realizando ya allí una investigación en torno al asesinato de James Howard y la muerte de tres gangsters de su pandilla, bastante conocidos.

Beacon pareció dispuesto a gritar, pero se contuvo una vez más y dijo a media voz, con temblorosa expresión:

—Déjeme en paz, por favor. Me habla de cosas que ignoro. Y me está fastidiando.

—Espere aún. He sido yo quien ha sacado de aquí a Gene Patrick con un falso pretexto. Pienso que él, aparte de ser su secretario político, es quien le espía por cuenta de los financieros... ¿Prosigo?

—Déjeme tranquilo... No me obligue a llamar a la policía. No hay secuaces en el sentido que usted le ha querido dar.

—Como quiera, Beacon. Piense que he querido tenderle una mano, pensando que es tal vez el único que se puede salvar de su fatídico grupo. Y recuerde que la ha rechazado.

El joven arquitecto, que había tomado asiento en una silla, a pesar de que no había sido invitado para ello por Beacon, se puso en pie, dispuesto a marchar.

El político le dirigió una mirada angustiada.

—Comprendo que esté asustado. Yo, en su caso, lo estaría. Su carrera política llega a su ocaso demasiado pronto. Quiso tenerla fácil y ha sido peor, por apoyarse en un grupo de malvados.

—¿Es usted capaz de decir eso ante testigos? —preguntó Beacon con expresión desafiadora.

—Sí, en el momento oportuno. La lucha va a ser dura y no pienso dejarme cazar estúpidamente en un juicio por injurias. No

porque sea mentira lo que digo, sino porque no dispongo en el momento de pruebas suficientes.

Siguió un lapsus de silencio en el cual apareció decrecer la arrogancia momentánea de Beacon.

—Defínase, Beacon. Si es una simple tapadera de Chase, Holden y Miller, abandónelos, rehaga su carrera dignamente... Si es un cómplice, lárguese o prepárese a caer. Porque será una caída violenta, se lo aseguro...

—Déjeme en paz...

Mientras Beacon pedía a Lawford que le dejase tranquilo, el joven se dirigió a la puerta que había cerrado.

Lo hizo caminando sobre las puntas de los pies y abrió de golpe, sorprendiendo a un hombre que se hallaba escuchando tras ella.

Lawford lo tomó del cuello, valiéndose de la sorpresa del otro, lo hizo entrar de un tirón y volvió a cerrar, asegurando la puerta por dentro con un pestillo.

Fue tan rápido, que no dio ocasión a que ninguno de los dos hombres se revolviere contra él.

El espía parpadeó sorprendido, al reconocer a su enemigo.

Para Lawford, sin embargo, no constituyó motivo de sorpresa reconocer a Gene Patrick.

Éste, pasado el primer momento de desconcierto, sintiéndose seguro como quien está en su casa, llevó la mano rápidamente a la funda situada bajo la axila izquierda, en donde descansaba una pistola.

Se echó hacia atrás al propio tiempo, dándose cuenta de que Lawford adelantaba.

Pero tropezó contra la mesa de Beacon, que frenó su retroceso.

No tenía posibilidad alguna frente a un hombre rápido y seguro como Lawford, pero el accidente le quitó las escasas posibilidades que le pudiesen quedar.

El puño izquierdo del arquitecto se clavó en la anatomía de Patrick, el cual se dobló hacia adelante, obligado por el golpe y el freno de la mesa.

Un manotazo de derecha de Charles le hizo soltar la pistola que había llegado a desenfundar.

Lanzó una exclamación de asombro y dolor.

El arquitecto, a mano abierta, golpeó de derecho y revés al

rostro de Patrick, que había intentado alzarse para atacar.

Osciló a un lado y otro la cabeza del granuja.

Repitió la suerte el arquitecto hasta que Patrick comenzó a sangrar por la boca y extravió la mirada a causa del castigo que estaba recibiendo.

Cesaron los golpes de Charles, quien anunció flemático:

—Así recompenso yo a los espías.

El golpeado barbotó, dirigiéndose a Beacon:

—¿Usted ha sido testigo de que me ha pegado!

—Y de que usted ha intentado matarme. ¿O será capaz de tragarse eso, Beacon?

—No me metan en líos. Y lárguese, Lawford. Ha traído la violencia a mi oficina y no se lo puedo tolerar.

—No he hecho más que comenzar. Y me dirijo principalmente a Patrick. Howard habló antes de ser asesinado. Y le acusó a usted, Patrick. Lo hizo ante testigos...

—¿No me podía acusar de nada!

—Sí le podía acusar, y lo hizo. El recibió de usted determinadas órdenes, que han costado la vida a algunos de los hombres que trabajaban en la construcción del nuevo hospital.

Pese a lo castigado que estaba, Gene Patrick dijo, en un alarde de cinismo:

—¿Después de que fue usted quien firmó la denuncia contra Gray, por incompetencia o mala fe, quiere hacerme cargar a mí con el mochuelo?

Lawford, tranquilo, sonriendo con expresión irónica, dejó que Patrick terminase de hablar.

E inmediatamente le sorprendió con un golpe de derecha que le alcanzó el costado izquierdo, cortándole la respiración en seco.

Y le repitió con otro golpe al puente de la nariz, muy doloroso, pero que no le podía hacer perder el sentido.

A pesar de ello, Patrick dobló las rodillas, dispuesto a dejarse caer.

Sin embargo, lo impidió otro, colocado y preciso, golpe de Lawford, dirigido a la barbilla, que obligó al secretario de Beacon a mantenerse en pie.

Tras sus golpes, dijo Lawford sin el mínimo asomo de violencia:

—Me fastidian las ingeniosidades, Patrick. Menos, cuando

constituyen una falta de respeto y una ofensa para hombres como el señor Gray y yo.

El secretario de Beacon hipó, apoyándose en la mesa para evitar la caída.

No osó hablar, tras la corrección recibida, y permaneció silencioso, mirando a los pies del arquitecto.

El abogado, temeroso de que la violencia que tan bien administraba Lawford se volviese contra él, permaneció silencioso, reflejando en su rostro, aparte del miedo, la viva preocupación que sentía.

—No fue Howard el único que habló —prosiguió diciendo Charles—. Herbert y Graame creyeron que habían dominado la situación y hablaron también más de la cuenta. El único que no soltó palabra fue Kirk, «Cremallera».

—No me importa lo que hayan podido decir.

—Sí te importa. Quedó claro que el «jefe de operaciones» de la banda era Herbert, «el Tranquilo» y tú el cerebro, el que ordenaba las acciones.

—No han podido decir tal cosa, porque no es cierto...

—Te voy a patear las tripas, Patrick. Sé bien lo que digo y es mejor que no me desmientas...

—¡Diablos! Usted pretende enviarme a la cámara de gas.

—Justo lo que mereces, por asesino —acusó el arquitecto con energía.

Le señaló con el índice y le dijo:

—No podrás hacer nada sin que tus movimientos sean controlados. En donde menos lo esperes, tendrás instalados micrófonos que recogerán tus conversaciones, las cuales serán registradas en cintas magnetofónicas.

Patrick dirigió una inquieta mirada a Beacon.

Charles prosiguió, implacable:

—Tenéis controlados algunos teléfonos y otros más lo serán pronto. Se harán inspecciones en determinadas obras...

Habló después a los dos hombres, diciendo:

—Ya ven que les aviso... No podrán escapar al cerco que les estamos tendiendo.

—Usted tiene bastante fantasía, arquitecto —dijo el abogado.

—No ha sido necesario emplear la fantasía. Han bastado medios

rutinarios... Incluso vehículos que tienen instaladas máquinas tomavistas que algún día serán proyectadas ante un jurado.

—¿A qué aguardamos? Somos dos contra uno —dijo Patrick en un arranque.

—No sé nada de eso —respondió Beacon—. Lo mío es la ley. Si se me ataca, me defenderé con ella en la mano.

—Patrick prefiere las pistolas. Particularmente, las de los pistoleros a sus órdenes. Hay menos riesgo para él —ironizó Lawford.

El maltratado Patrick habría acusado de cobarde a Beacon; pero no se atrevió a hacerlo delante de Lawford.

Se encaminó éste a la puerta.

Antes de abrirla para marchar, dijo:

—Ten en cuenta otra cosa, Patrick. Tomy, «el Dormido», Jerry Wood y Cecil Morton están vigilados también. A los dos primeros se les dará caza y constituirán km buen testimonio.

No aguardó a más y salió.

Cuando reaccionaron los otros dos, él descendía ya Ja escalera.

La orden de «caza sin cuartel» era dada un poco tardíamente por Patrick, que sin hacer comentario alguno había pasado rápidamente a su gabinete de trabajo.

Por si la advertencia de Lawford era cierta dio las ordenes de viva voz.

Cuando hubo puesto en movimiento todos los elementos de que disponía en el momento, pidió electricistas con calidad técnica suficiente para que hicieran revisiones en busca de derivaciones telefónicas o de instalaciones de micrófonos.

Sentía que le zumbaban los oídos y le dolía toda la cabeza a causa del castigo sufrido.

No quería ver, por el momento a Beacon, al cual tachó mentalmente de cobarde repetidamente.

Se disponía a tomar un analgésico, tras comprobar que la gente puesta en movimiento trabajaba bien, cuando uno de los empleados anunció:

—Una tal Dorothy Hall quiere hablar con usted. Yo le he dicho que el abogado es míster Beacon. Porque ésa viene en busca de un abogado...

—No haga comentarios ni adivinanzas, y hágala pasar. Si ha

preguntado por mí, es que desea verme «precisamente», a mí.

El dar órdenes, el mostrar su superioridad sobre otros seres, le servía de desahogo.

Despidió Patrick al empleado con gesto autoritario y el hombre se apresuró a desaparecer.

Poco después, era Dorothy Hall la que entraba.

Una vez dentro, se dirigió al empleado, al cual dijo:

—Haz la del humo, muchacho. Y no te acerques a meter la nariz ni dejes que nadie la meta tampoco, porque te dejaré caer en el estómago plomo derretido...

Era una de las amenazas favoritas de la hermosa mujer, que se volvió luego a Patrick, guiñando un ojo.

Se alejó el empleado, y Dorothy dejó abierta la puerta para que no se pudiese acercar nadie sin ser visto.

Luego tomó asiento cerca de Patrick, para no tener que alzar la voz.

Y dijo, seguidamente:

—¡Menudo lío! No me han detenido por milagro Porque tres camioneros han servido de testigos...

—Resume... —pidió Patrick.

—Está hecho pronto. Han caído el «Cremallera», «el Sonado» y Herbert, «el Tranquilo». Ha caído también James Howard. No puedo creer que haya sido capaz Howard de liquidar a los otros antes de caer él.

—¿Así pues, es cierto que han muerto? Me disponía a llamarte por teléfono.

—Es mejor que no lo hayas hecho. Temo que está controlado por la policía —advirtió Dorothy, la cual añadió—: Por eso mismo he venido tan pronto me han dejado.

—¿Y si te han seguido?

—He protestado por lo que he considerado un atropello. Y les he amenazado con recurrir a un abogado... Y he venido, precisamente, a ver a un abogado.

Lo dijo con clara intención, señalando hacia la oficina de Beacon.

Gene Patrick se mordió el labio inferior, y prefirió abstenerse de hacer comentario alguno sobre el político abogado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Patrick.

—No lo sé. Tras tu aviso, llegó Herbert y me pidió que pusiera música. Yo estaba con los camioneros... La otra noticia que tuve sobre ellos me la dio la policía. Allí estaban los cuatro fiambres.

Relató Dorothy cómo los habían encontrado.

—Yo dije que Herbert se hospedaba a veces allí. Que había pedido música y yo había supuesto que había llevado una chica... Y que no sabía nada más.

—Bien orientado...

—Pero la «poli» no ha tragado. Mucho cuidado, Patrick —advirtió la mujer.

—Continúa como si no hubiese sucedido nada. De momento, no emplearemos aquello... Y ahora hablarás con Beacon para que él inicie una reclamación o prepare tu defensa, si llegasen a procesarte.

—Está bien...

—Y ten cuidado con un arquitecto que se llama Charles Lawford. Es joven, tiene don de gentes... Y es quien ha armado todo el lío.

Antes de que Dorothy pasara a informar a Beacon y recibir instrucciones de cómo debía actuar, Patrick hizo a la mujer una descripción del arquitecto.

Ella suspiró cómicamente:

—¡Lástima de chico, con lo que me gustan los fulanos de ese tipo! Y, sin embargo, huele ya a cadáver que apesta. ¿Acierto?

Patrick era muy cauto y prefirió no dar respuesta alguna.

Ella, tras ponerse en pie, echó a andar en dirección a la oficina de Beacon. Caminó contoneándose, jugando turbadoramente sus caderas, a la vez que decía:

—Está bien, hombre. Yo soy de las que ni ven, ni oyen, ni entienden... Pero es una lástima que un chico así se meta en líos de esa clase.

CAPÍTULO VIII

Pacific Star y otro periódico, controlado también por el grupo financiero Development Pacific, publicaban la noticia de la muerte de James Howard y los tres gangsters, de forma escueta, sin añadir comentario alguno, como si se tratase de un atropello en carretera o un robo sin importancia, considerando tales cosas como normales.

Sin embargo, otros periódicos destacaban el hecho, haciéndolo cada cual a su manera.

Dos periódicos señalaron que James Howard había sido asesinado para que no pudiese decir la verdad sobre lo sucedido en la construcción del nuevo hospital.

Llegaban a más. Decían que los verdaderos culpables del desastre, que no había sido accidente, sino un acto criminal, habían hecho asesinar al capataz por unos gangsters, después de haberlo inducido a cometer el delito que había costado algunas vidas, aparte los daños materiales causados.

Nancy, repuesta ya del principio de intoxicación sufrida, manifestó su alegría, diciendo a Lawford:

—¡Esto se va poniendo bien! ¿No?

—Sí, efectivamente...

—Has arriesgado bastante para llegar a conseguirlo.

—Tú has estado más en peligro que yo —respondió él.

—Fui tonta. Me confié, a pesar de tus advertencias. Por otra parte, es natural que lo haga por mi padre.

—También es lógico que yo me arriesgue por ti...

—Por mi padre lo habrías hecho exactamente lo mismo. Eres la clase de hombre que una mujer desea encontrar en su vida.

—¿Eso es una declaración de amor? —preguntó el joven.

—No. Es el anzuelo que tiendo, hábilmente disimulado, para ver

si picas.

—Tus maravillosas piernas son de por sí un anzuelo al que es muy difícil resistir.

—Si crees que me voy a enfadar, te equivocas. Me gusta que te hayas fijado en mis piernas. Dicen que una mujer no es solamente un cuerpo, un rostro. Es también un alma... Pero si esa alma está rodeada de apetitosa carne...

—Justo es lo que he pensado yo...

Rieron los dos jóvenes alegremente.

—Judy es sensacional como mujer... Siento el disgusto que va a llevar mi padre cuando sepa que ella ha intervenido tan directamente para labrar su desastre...

Lawford señaló para el último de los periódicos que habían leído, y comentó:

—Hablando de Judy... Si ella no es tonta, comprenderá que ahí va un mensaje...

—¿Te refieres al asesinato de James Howard?

—Precisamente. Y ella es el único testigo que nos queda en el caso concreto de tu padre...

—¿En dónde está ella? —preguntó Nancy.

—Lo ignoro. Espero que comprenda y se quite del alcance de esos asesinos para ponerse bajo la protección de la policía... O la mía.

—¿Crees que son capaces de asesinarla?

—Estoy seguro de ello. Les va demasiado en la jugada para que se detengan ante nada. Han avanzado mucho y no pueden retroceder ya en el camino emprendido...

—Tengo miedo, Charles.

—Yo también lo tengo. Pero ¿qué se le va a hacer? Hemos de proseguir adelante. Por tu padre, por nosotros, por todo...

—Tienes razón...

—Y también por tus bellas piernas —terminó Charles, en tono festivo.

* * *

Judy Archer leyó una vez más la noticia de la muerte de James Howard y los tres gangsters.

Había leído la escueta noticia publicada en Pacific Star. Y la más extensa y comentada, insertada en otro periódico de los más importantes de la ciudad.

Eran los dos extremos. Y resultaba altamente significativo para ella, que conocía bastante bien los procedimientos y modo de obrar de aquéllos a los que había servido de instrumento.

Tanto Howard como ella habían sido bien retribuidos. Pero Howard había pagado a su vez con la piel.

—En resumen —dijo Judy para sí—, ha pagado bastante más de lo que ha recibido.

Movió la cabeza en sentido negativo y prosiguió:

—Negocios que no interesan.

Se había refugiado Judy en un sanatorio dedicado a la recuperación de personas que hacían uso de drogas estupefacientes.

La atractiva mujer no era, ni había sido nunca, adepta a las drogas, y por lo mismo, había elegido ese lugar para esconderse.

¿Quién, que la conociese, podría pensar que estuviese recluida en uno de tales sanatorios?

Y para dificultar más su localización, había tomado la precaución de inscribirse con nombre supuesto.

Al despedirse de James Howard, Judy le había dicho que se retiraba a la casa en donde se reunían y tenían una especie de residencia los miembros de una determinada secta de las que tanto abundan en Los Ángeles.

Judy no era cobarde, pero después de leer la noticia referente al asesinato de Howard, el natural temor que la había señalado la conveniencia de retirarse de la circulación, se había convertido en franco miedo.

Creía, la hermosa mujer, que había logrado evitar a los que habían sido sus jefes y, posiblemente, se habían convertido en sus enemigos. Pero no estaba tranquila en absoluto.

Llegó a pensar, Judy, que podía ponerse en contacto con la policía, declarar la verdad de cuanto sabía y pedir protección.

Pero existía un grave riesgo latente... Ella no ignoraba que la organización para la cual había trabajado, tenía sus informadores entre la misma policía.

Y un fallo en aquel sentido sería su fin. Porque era dar ya un claro motivo a los de la banda para que terminasen con ella.

Sentíase impotente contra sus nuevos enemigos. Y a medida que pensaba en la gravedad de su situación, comenzó a sentir que el sudor afluía por todos los poros de su piel.

Pensó en Charles Lawford, el apuesto arquitecto.

—Ojalá me hubiese sincerado con él. Ahora estaría bien protegida y todos estos malditos asesinos habrían caído en manos de la policía. No podrían hacer daño.

Dirigió una mirada al teléfono que tenía en la habitación.

Podía celebrar conferencias con el exterior. Pero debería pedir número a la centralilla del establecimiento.

Y era seguro que su conversación sería controlada.

Vaciló primero y se retiró después, comenzando a pasear por la habitación, de regulares dimensiones, dando muestras de viva preocupación.

—Howard muerto... Asesinado...

Se sorprendió Judy de oír su propia voz repitiéndose de forma un tanto machacona la noticia.

Por un momento, recibió la sensación de que el nombre de Howard era sustituido por el suyo.

Y oyó en su interior una voz como de ultratumba tal vez la del propio Howard, que decía:

—Judy muerta... Asesinada...

Pensó que él estaría en aquel momento tendido en la fría mesa de mármol, una de tantas, del depósito de cadáveres.

Y para sarcasmo, en mesas vecinas estarían sus asesinos: «el Tranquilo», «Cremallera» y «el Sonado»...

«Toda una fauna siniestra», pensó la bella, recordando los rostros en sus gestos más familiares.

El rostro hermético de Kirk, «Cremallera»; el burlón de Herbert, «el Tranquilo»; el de ausente de sí mismo, de despistado, de «el Sonado», cuya mirada brillaba únicamente si una mujer le atraía. A ella la había mirado en más de una ocasión con expresión escalofriante.

Volvió a oír:

—Judy muerta... Asesinada...

Le pareció percibir un jadeo cerca, muy cerca de ella, y dio un respingo.

No vio a nadie.

Se había levantado un viento fresco que llegaba del mar, a un par de kilómetros del cual se hallaban, a una altura superior a los quince metros.

Desde su ventana, a no ser por los árboles del parque, se podría ver el mar en un próximo horizonte hasta perderse en la infinitud.

Se movió la cortina de la ventana a impulsos de una nueva ráfaga de aire.

Y dio un respingo, recordando que la ventana estaba cerrada, que la había cerrado ella misma.

Tenía poca luz en la habitación que, de repente, quedó totalmente a oscuras.

Volvió a oír el jadeo próximo y abrió la boca para gritar.

Una mano cayó sobre su boca, mientras el correspondiente brazo la sujetaba fuertemente.

Era una mano ligeramente sudada, viscosa.

Sintió Judy el contacto con el cuerpo del hombre, un hombre que susurró a su oído:

—Todo llega, nena. Y yo te tenía ganas...

Judy lo interpretó perfectamente. No se trataba de que tuviese deseos de ella, sino de matarla.

Se trataba de un pistolero apodado «el Dormido», como le podrían haber llamado «el Muerto». Alto, delgado, de color verde terroso, sudando casi siempre, enfermo, pese a su fortaleza muscular.

Ella sabía que la odiaba, porque se le había negado en tantas ocasiones como la había pretendido.

«El Dormido» habría recibido gustoso la orden de asesinato contra ella.

Y la iba a ejecutar.

Sintió, Judy, que estaba a punto de desmayarse.

Algo muy suave, como una media o un cordón de seda había pasado alrededor de su cuello.

Se trataba de la caricia de la muerte.

Cosa de pocos segundos. Y no podía gritar, pese a sus esfuerzos por libertarse.

De nuevo sintió el aire fresco del mar. Sería lo último que percibiría.

Oyó el ruido de un golpe seco, poco más que un chasquido, y

sintió que «el Dormido» se estremecía y aflojaba su presión.

Una voz susurró cerca de ella:

—No grite...

Le pareció reconocer la voz de Charles Lawford.

Oyó otro chasquido y la cabeza de «el Dormido» golpeó contra la suya, haciéndola sentir un vivificante dolor cuando creía ya que estaba muerta o poco menos.

Vio que el pistolero relajaba sus músculos, que los brazos caían lacios a lo largo del cuerpo y que las rodillas se le doblaban.

Había hecho un gesto horrible, de estupor y dolor, que tenía mucho de cómico después que lo peor había pasado.

El pistolero habría caído de no haber sido bien sujetado por Lawford.

El joven arquitecto, silencioso, con gran ahorro de movimientos, convirtió, en un par de minutos, al pistolero en una especie de fardo, mordaza incluida.

Luego se puso en pie y Judy adivinó su sonrisa.

—Seguro que ha pensado usted en llamarme —dijo el joven.

Había ironía en su expresión.

—Aunque no lo crea, es así —dijo la mujer en respuesta, diciéndolo con un principio de enfado.

—¿Por qué no la he de creer? Usted no miente, a menos que le convenga. Y en esta ocasión no le conviene la mentira. Sabe bien que a la larga le perjudicaría.

—Gracias... —dijo molesta la hermosa mujer.

—No sea estúpida. Aunque lo he hecho porque me conviene, lo cierto es que acabo de librarla de una muerte poco agradable.

—Es usted quien me ha metido en este lío...

—No me sorprende usted con su desvergüenza. De la persona que es capaz de vender a un hombre como Gray, se puede esperar todo.

Iba a replicar ella con cierta violencia.

La obligó a permanecer callada un gesto imperioso, amenazador casi, del arquitecto, que dijo:

—Va a cerrar el pico, como dicen sus compinches.

Hablaba en voz baja, para no ser oído. Y prosiguió:

—El peligro de muerte se cierne sobre nosotros. Estamos rodeados y hay que romper el cerco.

Dio la impresión de que iba a atarla y ella retrocedió.

—Le ayudaré... He sido tonta de remate —dijo.

—Usted, sí. Pero yo no lo soy y he decidido no fiarme más que de mí. Vuélvase de espaldas y le ataré las manos. Le pondré una mordaza y la imposibilitaré de huir.

—No admitiré... —comenzó a decir ella.

—¿Prefiere que la duerma? —preguntó el joven.

—Está bien. Usted gana —admitió ella.

—Es lo que pretendo. Soy de los que juegan a ganar, pero limpiamente, no como usted ni como Howard.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí? —preguntó ella, deseosa de desviar la conversación del desagradable derrotero que había tomado.

—Me ha bastado aguardar a la «hora negra», como llamo yo a la noche. Y seguir a éstos. Sabía que me traerían hasta usted...

Guardó silencio Judy, que dirigió una mirada de admiración al joven arquitecto.

Lawford no pudo saber si había sinceridad o no en la mirada.

—Es preferible tenerle por amigo que por enemigo —dijo ella.

—No hay enemigo pequeño y es mejor no crearse enemistades. A menos que las circunstancias lo fuercen a uno.

—Es usted sagaz, dinámico, inteligente. Seré leal...

—No dudo de su inteligencia. Por tanto, sabrá bien que su lealtad la beneficiará. Eso no significa que me fíe en este momento.

—Ahora es usted aborrecible —dijo ella rencorosa.

—Ése es el mejor elogio que me podría hacer. Preparada... Y recuerde, respete y será respetada. Al menos, en lo que a mí se refiere.

Judy se resignó.

Poco después hubo de admirar una vez más la sagacidad, el frío valor puesto en juego por Lawford para sacar, pasando por entre los gangsters que vigilaban, primero a ella y después a Tomy, «el Dormido».

En un automóvil, bien situado, aunque a no poca distancia, aguardaba Nancy Gray, la cual permaneció custodiando a Judy mientras Charles volvía sobre sus pasos para sacar a Tomy.

Una vez el automóvil en marcha, preguntó Lawford a Judy:

—¿Nos autoriza para celebrar la primera entrevista en su

apartamento?

—¡Se ha vuelto loco!

—Nada de eso. Es uno de los pocos lugares en el cual no pensarán y, por tanto, estaremos más seguros que en cualquier otro.

—Como usted diga. Ofrecí colaborar y cumpliré mi palabra. Sé que ayudándole a usted, me ayudo.

Agradeció Judy que la linda Nancy no le dirigió el mínimo reproche, ni una mirada de hostilidad.

CAPÍTULO IX

Tomy, «el Dormido» tenía cierto temor a ser entregado a la policía. Era algo vago, inconcreto, más por lo que pudiesen hurgar en su pasado que por el presente.

Sabía que no se atreverían a aplicarle el «tercer grado». Y fuera de eso, él sería capaz de resistir con la ayuda de los buenos abogados y las influencias políticas y económicas que pondrían en juego los magnates para los cuales trabajaba.

Tomy ignoraba quiénes eran. Pero sabía de sobra que estaba bien respaldado y que no le abandonarían.

Cuando volvió en sí iba en el auto que había entrado ya en el distrito en donde Judy tenía su apartamento.

En la misma avenida, algo más lejos, se hallaba el cuartel de policía del distrito y frente a éste, el edificio en donde tenía su sede la oficina del fiscal.

Tomy prefería que lo llevaran a esta última.

El fiscal era un hombre severo, capaz; pero al propio tiempo, respetuoso con las leyes.

Una garantía que Tomy no merecía, pero de la cual se aprovecharía.

Sin embargo, sus ilusiones en tal sentido quedaron trancadas pronto.

El automóvil se había detenido a pocas yardas de distancia del edificio en donde Judy tenía su apartamento.

Lawford había librado poco antes de mordaza y ligaduras a la atractiva mujer.

De ella se hizo cargo Nancy Gray, que la llevaba de un brazo, manteniéndola encañonada con una pistola que quedaba oculta por la forma en que se habían situado.

El propio Tomy quedó libre de ligaduras y mordaza, pero de él se hizo cargo Lawford.

El pistolero adquirió pronto el íntimo convencimiento de que un paso en falso significaría su muerte inmediata.

Y era absurdo pedir a Judy que provocase ella un incidente que le permitiese huir a él.

Ella lo aborrecía de siempre y por si aquello fuera poco, había intentado asesinarla.

Marcharon delante Judy y Nancy.

E inmediatamente detrás siguieron los dos hombres, manteniendo contacto verbal Lawford con la hija del arquitecto, para aconsejarle en cada momento cómo debía actuar.

Hubieron de esquivar a un policía. Y para ello, tuvieron que dar la vuelta al edificio, entrando en el apartamento precisamente por la salida de emergencia.

Una vez arriba, Charles trabajó por los pies al pistolero, invitándole luego a sentarse.

—Ponte cómodo, Tomy. ¿Qué deseas tomar? Supongo que Judy tiene por ahí cosas frescas con las cuales obsequiarnos. Ha sido un día caluroso y agitado, ¿no?

No respondió el gángster, el cual dirigió al arquitecto una mirada harto elocuente.

—Estoy seguro de que no te he decepcionado —ironizó Lawford—. Conoces mis buenos modales y prefieres que sea yo quien te interroge en lugar de hacerlo el fiscal o uno de la «poli»...

—¿Qué les sirvo? —preguntó Judy, dócilmente.

—Yo opto por

«Coca-Cola»,

mezclada ligeramente con ginebra y limón.

—Hay de todo eso. ¿Me acompañas, Nancy? —preguntó Judy.

—Con mucho gusto.

Montó la pistola la rubia y se dispuso a acompañar a la dueña del apartamento, a la cual Charles dirigió una mirada de advertencia.

Al quedar solos los dos hombres, dijo Charles al pistolero:

—Aquí va a suceder exactamente lo que tú quieras. Somos enemigos, pero podemos liquidar nuestro pleito amistosamente, sin violencia. No soy partidario de ella.

Hizo una pausa para que sus ideas fuesen bien dirigidas por el pistolero.

Y siguió:

—Pero si te obcecas en callar, se iniciará la violencia que irá en escalada, como se dice ahora. Y saldrás perdiendo, porque no te mataré, pero te convertiré en papilla. Y al final, tendrás que hablar.

—Si me toca solamente la ropa, lo denunciaré —amenazó el pistolero.

Sonrió el arquitecto con expresión burlona:

—Y harás bien. Pero yo voy a lo mío y me río de las denuncias. Y de eso te podrían hablar algunos de tus compinches a los que he vapuleado ya. Y otros no te podrán hablar, porque han muerto, que en definitiva es peor.

La calma burlona de Lawford hacía mella en el ánimo del pistolero, el cual estaba convencido de que llevaba las de perder.

Tragó saliva y preguntó:

—¿Qué quiere saber?

—¿Quiénes obligaron a la señorita Gray a tomarse las grajeas que estuvieron a punto de matarla?

—Fue cosa del jefe —respondió con voz oscura.

—No me digas que fue Herbert. El no hizo aquello.

—Fue Patrick.

—¿El, directamente?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Me tocó estar vigilando afuera. Pero yo no toqué a la chica para nada. Se lo puede preguntar.

—De acuerdo. ¿Quiénes eran los fotógrafos?

—Ray Perkins y Joe Rollins.

Lawford, que registraba el interrogatorio por medio de un pequeño magnetófono que llevaba en la muñeca, repitió los nombres, añadiendo:

—Conforme. Los buscaremos. ¿Cómo lo sabes?

—Yo estaba abajo aguardando. Me los llevé en el automóvil —respondió «el Dormido».

—¿Qué pretendía Patrick? —preguntó Lawford.

—No es demasiado hablador con nosotros, pero entonces estaba bastante excitado. Le había gustado la rubia y sentía tener que

sacrificarla...

—¡Vaya con Patrick!

—Buscaban el escándalo. Los fotógrafos habrían logrado los «flash» de cuando usted la entraba en su apartamento, embriagada. Y luego el insoslayable escándalo de que ella hubiese muerto allí. Creyó que no tendría tiempo para sacarla adelante como hizo.

Realizó el pistolero su declaración expresándose trabajosamente, con ciertas vacilaciones, pero con la suficiente claridad como para que no pudiera caber duda alguna.

—¿Reconoces que no ha habido violencia?

—Lo reconozco. Bastó su advertencia para que yo dijese la verdad. Quiero a mis huesos —respondió el pistolero con amargo humorismo.

—Veamos otra cosa, Tomy. ¿Qué hay del derrumbamiento del hospital?

—De eso no sé demasiado...

—Tus palabras quieren decir que sabes algo...

—Sí —admitió—. Howard tenía órdenes, cuyo cumplimiento se iba demorando. Había cobrado su parte, pero tenía miedo. Y le amenacé dos veces en nombre del jefe.

—¿Cuándo fue la última?

—Dos días antes del derrumbamiento. O hacia el «trabajo» a que se había comprometido o lo plancharíamos.

—Llamas trabajo a asesinar gente fríamente...

«El Dormido» señaló gesto y ademán displicentes y dijo:

—Es un oficio. Uno está enfermo y no puede trabajar en cualquier cosa. Ni me gusta cansarme tampoco. Hay que darle mucho para malvivir uno de su trabajo. Y el hijo de mi madre no se rompe la crisma mientras hay otros que lo pasan ricamente sin dar golpe.

—Es una razón, pero que lo puede llevar a uno a la cámara de gas a velocidad supersónica...

Lawford detuvo el magnetófono de bolsillo que había usado, para ponerlo en funcionamiento cuando regresase Judy y comenzase a interrogarla.

Regresaron a poco Nancy y Judy, llevando ésta en una bandeja bebidas para todos.

Dio Judy la sensación de que le extrañaba encontrar a los dos

hombres tan tranquilos.

Lawford, como si hubiese interpretado su pensamiento, mientras la bella dueña del apartamento servía, dijo:

—Un chico razonable este Tomy.

—¡Es una maldita bestia, que no vacila ante nada con tal de vivir a su gusto, sin dar golpe, como él dice! Sería capaz de vender a su propio padre.

Nancy y Lawford habrían podido responder a Judy como merecía.

Pero adivinaron que lo haría el propio Tomy y prefirieron que fuera éste quien respondiera.

Lo hizo el gángster con mal contenida violencia, diciendo:

—¡Anda que tú puedes echar nada en cara a nadie! El señor Gray se portaba estupendamente contigo y lo has vendido. Pensabas casarte con Howard y por tu sucia ambición lo has metido en un lío que le ha costado la vida.

Judy, en un arrebato de ira, arrojó a la cara del pistolero el contenido de un vaso de ginebra.

Gritó el pistolero al sentir que le escocían los ojos y Nancy se apresuró a atenderlo.

Lawford pidió a la dueña del apartamento:

—Por favor, Judy. No hay que perder los nervios. Le esperan pruebas bastante duras.

—Sé bien que he jugado sucio, pero no es ese cobarde reptil, ese asesino, quien tiene que echarme nada en cara.

Lo señaló con expresión acusadora y dijo:

—Me habría asesinado fríamente. Usted mismo ha sido testigo. Yo no soy capaz de una cosa así.

—Eres capaz de cosas peores. Y no me hagas hablar —aseguró el pistolero.

—Cierra el pico, muchacho —pidió Lawford—. Aprovecha que has podido salir bien librado de mis manos.

—Si usted lo dice, le haré caso. Voy a regenerarme para que sepa esa socia lo que es un hombre. Y ya veremos ella... Seguro que terminará bastante mal.

Poco después le llegaba la hora del interrogatorio a Judy.

Para que ella hablase con más comodidad, Tomy, tras ser amarrado convenientemente, fue retirado a otra pieza.

Lawford pidió a la atractiva mujer:

—Empiece. Prefiero que sea usted quien hable. Yo interrogaré o pediré aclaraciones si lo creo oportuno.

Puso en funcionamiento el magnetófono sin que ella se diese cuenta.

—Yo mantenía relaciones con Howard. Pero me convencí pronto de que era un pobre diablo que pensaba más en explotarme que en trabajar para mí.

Se sonrojó ligeramente y aclaró:

—Yo era bailarina.

—Adelante...

—Conocí al señor Gray y me puse en relaciones con él. Sí, sabía que no se casaría conmigo; pero significaba la seguridad... Y envié a Howard con viento fresco.

—Hasta ahora no hay nada que reprocharle. Comprenda, lo mío no es ser exigente con usted en ciertos extremos...

—Le entiendo... Yo conocía a Peter Beacon. Me había sacado un día de un buen lío, aunque cobró lo suyo y no solamente en dinero, no vaya a creer...

—Entendido. ¿Qué sucedió?

—Me aseguró que yo podía tener un magnífico porvenir. Ganando pasta y buscándome luego una posición que haría olvidar mis faltas anteriores. Me prometió que llegaría a ser una verdadera dama.

—Por promesas no queda. Los políticos son así —ironizó Lawford—. Prometen mucho, se llevan lo que pueden y dan algún dolor de cabeza que otro.

Lo dijo con gracia que hizo reír a las dos mujeres, logrando borrar con su sentido del humor el ambiente molesto que comenzaba a sentirse al tener que recordar la traición hecha al padre de la rubia.

—¿Le puso en relación con Gene Patrick?

—Justamente. Y Patrick comenzó a hacer una especie de amable chantaje hasta que me decidió a hacer las paces con Howard para que lo colocase en una de las obras de Paul...

Tras breve pausa prosiguió:

—Hasta entonces no habían descubierto su verdadero juego, aunque yo había adivinado que tramaban algo sucio. La cosa estaba

bastante clara.

—Pues, sí, sobre todo, tratándose de esa clase de gente.

—Me agradecieron la cosa haciéndome algunos costosos regalos. Howard comenzó a fardar. Volvimos a pensar en la boda. Yo, en el fondo, lo quería, aunque también había comenzado a despreciarlo.

—No tenían necesidad de haberle dicho a usted nada sobre lo que se tramaba —señaló Lawford.

—No me lo hubiesen dicho. Pero yo hablé claro a Howard y exigí mi parte. El, por otra parte, como era un cobarde, vacilaba. Y me encargaron a mí de que le achuchase...

—¿Lo consiguió usted?

—No. Tuvieron que amenazarle —respondió Judy, dirigiendo una mirada hacia el lugar adonde había llevado a «el Dormido».

Lawford no hizo comentario ni señaló siquiera que la declaración coincidía con lo dicho por Tomy.

Y preguntó:

—¿Algo más?

—Sí. Me pidieron que sonsacase todo lo que pudiese a Paul, sobre todo, lo que se refería a la empresa de construcción suya. Naturalmente, eso fue a poco de haberme entrevistado con Beacon.

—¿Logró pasarles mucha información?

—No mucha. Yo tenía que ser cauta, porque Paul no tiene nada de tonto. Y por otra parte, él, en materia profesional, es muy reservado.

Lawford permaneció silencioso, pensando en la forma de atrapar a Patrick para enfrentarlo con Judy y Tomy antes de entregar a éstos.

CAPÍTULO X

Mark Austen, arquitecto de Obras Públicas, jefe de Lawford en la delegación de Los Ángeles, comenzaba a sentirse inquieto.

Hacía bastantes horas que no recibía noticias de los de la Development Pacific. Y las últimas que tenía, logradas al margen de ellos, no resultaban tranquilizadoras.

Pero su máxima inquietud se la proporcionaba la carencia de noticias sobre Charles Lawford, del cual sabía, por sus cómplices, que estaba luchando denodadamente contra ellos, dispuesto a demostrar la inocencia de Paul Gray.

Un empleado, tras pedir permiso a la puerta del despacho, anunció:

—Le llaman por teléfono. Es míster Beacon.

—Pásame la comunicación.

Tomó el teléfono. Y poco después escuchaba, no la voz de Beacon, sino la de Noel Chase, jefe del grupo financiero al cual Peter Beacon, como instrumento político, servía de tapadera.

Bastaba una simple contraseña para que Austen supiese que su comunicante era Chase y no Beacon.

No le gustó. Tal circunstancia se daba cuando debían hacerle alguna petición arriesgada o cuando sucedía algo grave.

Correspondió a la contraseña.

Chase, cerciorado de que hablaba con Austen, dijo sin preámbulos:

—Tiene que largar lo más lejos posible a Charles Lawford.

Lo dijo como una orden que no admitía réplica.

—No hay nada que justifique tal medida —respondió Austen.

—Lo ha dicho usted pronto. Tendrá alguna obra que inspeccionar lejos de aquí.

—Nada de lo que no pueda volver en el mismo día o, como mucho, al siguiente...

—Sin embargo... —Trató de oponer Chase.

—De ser ingeniero en lugar de arquitecto, sería diferente.

Austen estaba enfadado también y respondió interrumpiendo:

—Que hagan con él un buen «planchado». No sería el primero.

—¿Cree que no se ha intentado? Pero se escurre... ¡Y métase esto en la cabeza, Austen! Usted peligra tanto como nosotros.

—Un poco menos...

—Aunque sea menos. Se está jugando hasta la libertad... Además, ese chico está loco. Ha barrido ya a bastantes de nuestros muchachos. Y podría atacarle a usted y a mí...

—Desgraciadamente, no tiene nada de loco...

—¡Haga lo que le digo! Usted lo conocía, no debió haberlo metido en el asunto de Gray. Debió haber firmado usted...

—He firmado demasiado ya. Hubiera resultado sospechoso... Y no lo conocía, no podía imaginar que reaccionase como lo ha hecho. Le creí adepto a mí. Y hasta pensé que me tendría un poco de miedo...

—¡No me haga reír! Está claro que no lo conoce. O lo barre, o...

—Espere un momento —pidió Austen.

Habían llamado a la puerta y cuando dio autorización para que entrasen, hizo acto de presencia Charles Lawford, el cual sonrió a la vez que saludó cortésmente.

Inmediatamente, dijo el recién llegado, dirigiéndose a su jefe:

—Ya que está hablando con él, le ruego que transmita mis saludos a míster Chase.

Austen frunció el entrecejo. Y se dirigió a Chase por teléfono, diciendo:

—Ruego que me excuse ahora. Procuraré atenderle. Y ya le llamaré tan pronto haya resuelto algo. Buenos días.

Procuró Austen en todo momento dominarse. Y dejó descansar el tubo auricular sobre la horquilla del aparato.

Lo hizo todo pausadamente.

Luego dijo:

—No fue míster Chase quien me llamó. Si se refiere usted a Noel Chase, de la Development... Nosotros...

—Era Chase, el de la Development, y le pedía poco menos que

mi cabeza —afirmó Charles, en el mismo tono de normal seguridad empleado hasta entonces.

—Usted no sabe...

—Sé más de lo que le conviene, míster Austen. Ése era Noel Chase, aunque le llamaron a usted de parte de Beacon. Otro indeseable, aunque menos que Chase.

—¡No le tolero...! —comenzó a decir Austen.

—No prosiga, por favor. Si va a decir que somos incompatibles y que debo pedir mi traslado, perderá el tiempo lastimosamente. Va a ser usted quien renuncie a su puesto, si quiere evitar verse envuelto en el sucio asunto que ha motivado la detención de Gray...

—¡Usted no sabe lo que dice!

—Eso quisiera usted. Cometió un error grave al mezclarme en la cuestión, haciendo que fuese yo quien firmase el informe que condenaba a Gray...

—¿Acaso no era cierto? Mi ayudante fue conmigo, vio lo mismo que yo...

—Exacto. Vio lo que usted quiso que viera. Yo fui después, pero actué sin coacción alguna, con sentido de independencia... Y comprendí que Gray había sido engañado.

—¡Es usted muy listo!

—Es usted quien se ha pasado de rosca, míster Austen. Usted sabía que Howard, arquitecto fracasado, pero cuyos estudios estaban muy por encima de los de un simple capataz, había falseado las órdenes, planos o instrucciones de Gray.

—¿Es capaz de mantener contra mí esa acusación delante de un tribunal?

—Sí. Con pruebas irrecusables facilitadas por cómplices de Howard. Debo comunicarle también que esta última conversación telefónica mantenida con Chase ha sido tomada en cinta magnetofónica.

—¡Eso no sirve como prueba! —exclamó Austen.

—¿Ve usted cómo no me había engañado?

—¡Se ha burlado de mí! Usted ignoraba...

—No me burlaba. Han tomado la conversación, aunque yo no he podido enterarme aún si era o no con Chase; pero está registrada...

Señaló Charles una pausa y dijo:

—Firme su renuncia al cargo y lárguese lejos. Los demás nos

encargaremos de reivindicar a Gray y conseguir el castigo de los culpables...

Austen dio la sensación de que se tambaleaba. Palideció, bajó la mirada y admitió:

—Está bien. Dentro de diez minutos estará firmada. Puede venir usted mismo a recogerla.

—De acuerdo; pero ni un minuto más...

—Déjeme solo, por favor... No tema, no voy a atentar contra mi vida. Demostraré que sé perder, y también que sé defenderme.

—Me tendría sin cuidado que atentase contra su vida —respondió fríamente Lawford—. Los sujetos de su calaña no tienen derecho a vivir.

Volvió despectivamente la espalda Charles a Austen.

Éste, rápido, echó mano de una pistola que tenía al alcance en un cajón y la montó rápidamente, aprestándose a disparar contra el joven.

Giró éste al mismo tiempo que Austen realizaba las otras maniobras y lanzó contra el arquitecto una silla, desviando el arma en el momento en que Austen pulsaba el disparador.

Falló el disparo, cuya bala produjo un desconchado en el techo y Austen soltó la pistola por la fuerza del golpe.

El desleal arquitecto, preocupado por eliminar a Lawford, no había visto a Nancy Gray que, con una máquina tomavistas en acción, había entrado en el momento en que él sacaba la pistola del cajón, tomando la escena completa.

Hubo un momento en que Austen quedó inmovilizado por la sorpresa y el dolor que le había producido el certero golpe.

Volvió a reaccionar con espantosa violencia y saltó como un tigre en dirección a donde estaba Nancy, dispuesto a destrozar la máquina e incluso a señalar a la linda joven.

Adivinó Charles sus intenciones y saltó a la vez, atrapándolo en el aire por los tobillos.

Cayeron los dos hombres de manera violenta, imponiéndose pronto la juventud y la superior corpulencia de Charles, quien dominó totalmente al que había sido su jefe.

No se ensañó con él, limitándose a inutilizarlo para que no se pudiese revolver.

—Listo para ser presentado al fiscal del distrito, míster Mark

Austen —anunció Lawford.

Nancy Gray, sonriente, hizo su presentación:

—Nancy Gray, míster Austen. Naturalmente, no me pongo a sus órdenes, ni pienso dejarme arrebatar mi máquina tomavistas.

Mostró el aparato y prosiguió:

—Ha tenido usted suerte de que Charles lo haya frenado. Porque si llega a caer en mis manos, no habría salido tan bien librado.

Lo dijo con entonación que resultaba fríamente salvaje, dando la impresión Nancy de que realizaba un esfuerzo sobre sí misma para contenerse y no emprenderla a golpes con Austen.

Éste conocía bien a la hija de Gray y al reconocerla tras su derrota, sentía como si se hubiese desplomado dentro de él todo lo que pudiese significar afán de resistencia.

Tomó Lawford la palabra, para anunciar, mostrando su magnetófono de bolsillo.

—Nuestra conversación ha sido tomada, en apoyo de lo que la película expresará gráficamente. La señorita Gray, aparte de ser una buena novelista, es experta fotógrafo que maneja el tomavistas con extraordinario acierto. Es algo de lo que se convencerá pronto.

Mark Austen pidió:

—Sáquenme de aquí cuanto antes. Y llévenme al fiscal, a la policía, adonde sea. No tienen derecho a humillarme de esta manera.

—Mi padre está detenido aún y han sido lanzadas bastantes pelladas de barro contra él. A mí tampoco me han dejado tranquila... Tanto Charles como yo hemos estado al borde del descrédito, ha faltado poco para que nos asesinaran... No tiene derecho a pedir clemencia. Aguante como los hombrecitos — terminó diciendo la rubia.

—¿Dispuesto a seguirnos? —preguntó Lawford.

—No tengo más remedio.

—Le voy a quitar las ligaduras. Pretendo que todo parezca normal. Pero si usted se empeña, tomaré el camino de la violencia y no le arriendo la ganancia...

Una vez en la calle, Austen experimentó no poco asombro al comprobar que no le llevaban ni a la policía ni ante el fiscal.

Su sorpresa subió de punto cuando fue introducido en el apartamento de Judy Archer, la cual, lo mismo que Tomy, «el

Dormido», habían quedado bajo la custodia de Glenn Meyer.

Lawford se encargó de hacer las presentaciones, haciéndolo en tono festivo:

—Estoy seguro que jamás se había reunido una representación tan genuina de las diversas clases de colaboradores con que cuenta el grupo financiero Development of Pacific, capitaneado por Noel Chase. Mi enhorabuena por haber servido a tan «experto» jefe.

Dos horas más tarde eran capturados fácilmente Ray Perkins y Joe Rollins, los dos fotógrafos que habían actuado cuando el frustrado envenenamiento de Nancy.

Ambos fueron reconocidos por Charles y Nancy. Y, sobre todo, por Tomy, «el Dormido», que, sometido totalmente, no vaciló en acusarlos.

Cuando Lawford llegó con ellos, Austen gritó en plan de protesta:

—¡Esto es un secuestro! ¡No tiene derecho...!

—De acuerdo, míster Austen. Tendrá tiempo de hacer la correspondiente denuncia. Yo reúno personas y datos para presentarlos a la policía de forma en que nadie pueda rebatirme. ¿Entendido? Hará bien en callar.

—Ya se lo he dicho —intervino Nancy, que en aquella ocasión se había quedado en el apartamento de Judy, convertido en cuartel general—. Pero pese a su carrera, no se puede decir que sea un genio y ni siquiera un hombre inteligente.

—De acuerdo, rubia. Si hubiese sido medianamente inteligente, teniendo en cuenta el cargo que ocupaba, no se hubiese metido en líos.

Dio Mark Austen la sensación de que se hallaba realmente abatido y se llevó aparte a Lawford, al cual dijo con humilde expresión:

—Usted me puede comprender mejor que nadie, Lawford. Creo que no he sido un mal jefe para usted.

—Ni usted tendrá queja de mí como subordinado...

—En absoluto. Usted ha cumplido siempre con su deber.

Carraspeó Austen, el cual prosiguió diciendo:

—Me he portado mal con Gray... Y con usted, a pesar de que me dio la posibilidad de alejarme sin más daño para mí que la renuncia al cargo.

—Celebro que sepa ver que tanto Nancy como yo nos portamos generosamente con usted.

—Lo reconozco. Y también que reaccioné mal cuando me brindaron la posibilidad... Bien, estoy dispuesto a hacer un informe que exculpe totalmente a Gray...

—Eso me gusta, Austen. Diré a Judy que le proporcione los elementos necesarios. Y lo escribiré mientras yo realizo unas gestiones...

—Usted conoce el asunto mejor que yo, Lawford. Puede usted dictarme el informe como considere mejor... Luego yo desaparecería para siempre de Los Ángeles. Me iría a trabajar a India, a cualquier país africano...

—Todo eso me parece estupendo. Pero prefiero que sea usted quien confeccione el informe. Será más real, mucho más convincente. Tengo la impresión de que usted sabe más de lo que parece...

El joven se dirigió a la dueña del apartamento, a la cual pidió:

—Judy. Facilite a míster Austen máquina de escribir y papel apropiado...

Guiñó el joven un ojo a Meyer, haciéndole ver que no debía descuidarse un momento con el arquitecto, y se despidió:

—Voy en busca de Gene Patrick. Las redes están tendidas ya y solamente falta atraparlo.

Charles, que no había dejado de observar al arquitecto, aunque fingiese lo contrario, se dio cuenta de que éste palidecía intensamente hasta dar la impresión de que se iba a desmayar.

Austen se dirigió a Judy, diciendo en tono lastimero, como deseando inspirar compasión:

—No me encuentro bien. Quisiera descansar... Todo esto me ha afectado terriblemente.

Inesperadamente se dirigió Austen a Charles, diciendo en tono plañidero:

—¡Yo soy una víctima más! Tan víctima casi como el propio Gray. Me obligaron por medio del chantaje.

—¿Del chantaje? ¿Qué chantaje? —preguntó Lawford, mostrándose poco dispuesto a que le engañase.

—Uno comete alguna vez una falta en su vida, ¿no? Lograron sorprenderme con una chica y tiraron un par de «flash»... Usted

comprende, ¿no? Yo tenía que evitar el escándalo por encima de todo...

—No debo entrar a juzgarle y prefiero no hacer comentarios. Haga lo que le he dicho y téngalo preparado para cuando vuelva... Si necesita descansar antes, descanse...

Había un matiz irónico en la expresión de Lawford.

Se retiró el arquitecto con Judy, hacia un pequeño gabinete en donde ella tenía la biblioteca, máquina de escribir y papel.

Lawford se dirigió a Nancy y a Meyer.

—Mucho cuidado con Austen. Hay en él algo que aún no he logrado descifrar... Algo que no soy capaz de definir. Hay doblez e inteligencia: maldad y miedo casi insuperable, particularmente en los últimos momentos. ¿Por qué ese miedo? Yo había pensado dejarlo ir tan pronto firmase el informe...

—Yo me he fijado. Ha sido cuando has nombrado a Gene Patrick —dijo Nancy.

CAPÍTULO XI

Fue Peter Beacon quien dio la noticia a Gene Patrick:

—Mark Austen ha desaparecido de la circulación. Como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Mejor. Últimamente me parece que vacilaba. Es lo que me dijo Chase.

—La última vez se le vio saliendo de su oficina acompañado por Nancy Gray y Charles Lawford —informó Beacon.

—No me hace gracia... —respondió Patrick.

—Sin embargo, es así. A mí tampoco me ha gustado...

Patrick no quiso confesar a Beacon que estaba descontento. Habían ido desapareciendo sus mejores colaboradores, los hombres más seguros tras cosechar estrepitosos fracasos.

Repiqueó el avisador telefónico y se apresuró a tomar el tubo, adelantándose a Beacon.

—¿Qué hay? —preguntó Patrick de mal talante.

Le llegó la contraseña. Aunque le resultase increíble, era la de Tomy, «el Dormido», quien tras identificarse, preguntó:

—¿Asombrado, jefe?

Patrick no se pudo contener y gritó:

—¿De dónde diablos sales? Pensé que te habían mandado al infierno; y creo que hubiera sido mejor.

—Todo puede llegar, jefe. Hemos de hacer la del humo o pegar fuerte, sin miramientos.

—¿Qué sucedió? ¡Fracasaste...!

—Intervino Lawford cuando ya le había echado a ella el dogal al cuello. Y me durmió. Me gustaría saber quién fue el sucio traidor que lo dejó pasar. Él me dijo que sólo había sido cuestión de un puñado de dólares.

—Se burló de ti. Se cargó a Jerry silenciosamente, sin que ninguno nos diésemos cuenta. Luego entró y salió por el boquete que quedó abierto.

—Algo así tenía que ser... —admitió «el Dormido».

—¿En dónde estás? —preguntó Patrick, sin poder evitar que vibrase la desconfianza en su expresión.

—Hablo desde un teléfono público. Son los más difíciles de controlar.

—¿Cómo es que estás libre?

—Tienen bastante gente entre sus manos y son pocos para guardarlos; pude hacer la del humo.

—¿En dónde están ellos?

—Asombroso, jefe. En el apartamento de Judy. Lawford está seguro de que es el último lugar en donde a nosotros se nos ocurriría buscar.

—Y acertó. Listo que es el fulano —admitió Patrick—. ¿Hace mucho que te largaste?

—Quince minutos escasos. Pero tardarán en darse cuenta de que dejé la jaula vacía.

—Ellos se largarán tan pronto se den cuenta de tu huida.

—Seguro. Por eso no pierdo tiempo y aviso inmediatamente.

—¿Quiénes están allí con ellos?

—Judy, míster Austen, los dos fotógrafos y un par de fulanos más, que no conozco. Tal vez sean periodistas...

Patrick dio un respingo.

—Quiere atrapar a más gente —prosiguió diciendo «el Dormido»—. He oído hablar de «los de arriba»... No concretaron más.

—¿En dónde me puedes aguardar? —preguntó Patrick.

—Donde usted me diga, jefe. ¿Ha decidido pegar o largarse? Porque en tal caso, tráigame pasta. Me han dejado sin un centavo.

—Eso no se pregunta. Vigila por si se mueven de ahí.

Dio Patrick a Tomy el lugar de cita en una cafetería desde la cual el gángster podía vigilar la salida de la casa de Judy.

—No te muevas a menos que se larguen ellos. Si se van, cuando sepas dónde se quedan, llamas a esa cafetería, preguntas por Thomas y le dices que te ponga en contacto conmigo.

—Thomas. No lo olvidaré... Voy allá, jefe.

—Suerte, muchacho. Y cuidado con un nuevo fracaso.

Colgó y se dirigió a Beacon:

—Reuniré a la poca gente que me queda. Y haré un escarmiento con ellos. Los haré salir de la casa y los aplastaré...

* * *

Patrick preparó todo rápidamente, sin dejar un solo detalle al azar.

Cuando estuvo todo claro, salió para ponerse al frente de su gente.

Quería ver cómo un pesado camión aplastaba a sus enemigos y a los que habían sido sus cómplices, pero que en manos del enemigo eran ya un arma contra él.

Con Patrick iba «Mandíbula Cuadrada», el favorito entre sus pistoleros, una vez que había caído «el Tranquilo».

Era totalmente de noche cuando salieron a la calle. La «hora negra» como la llamaba Lawford.

Nadie en la calle en aquel momento.

Adelantó Patrick para abrir el automóvil, mientras «Mandíbula Cuadrada» le cubría la espalda.

Se oyó un seco chasquido.

Se volvió Patrick rápidamente, echando mano a su pistola.

Y sintió la boca de fuego de un arma apoyada fuertemente en su costado.

Vio Patrick que «Mandíbula Cuadrada», duramente tocado, se derrumbaba con movimientos de muñeco desarticulado.

La rubia Nancy Gray se hacía cargo de él, mientras Lawford era quien había encañonado al propio Patrick tras golpear a «Mandíbula Cuadrada».

—Quieto, Patrick. Sé que la «hora negra» es la propicia para las alimañas de su clase. Pero esta vez me he adelantado...

—Aparte esa pistola o...

—Puede llamar a la policía. Ahora tengo el completo y no me importa que intervenga ya... Beacon no me interesa, no deja de ser un pobre diablo, una pantalla. Y también lo puedo atrapar si quiero.

Mientras hablaba, Lawford hacía un concienzudo cacheo a Patrick, dejándolo inerte.

—He controlado su conversación con Tomy. Se creyó muy listo y no pensó un momento en que yo lo había dejado escapar, debidamente vigilado, naturalmente.

Se dirigió a Nancy.

—Hazte cargo de él, rubia. Tira sin compasión. Es si «jefe de operaciones». Quien planeó tu envenenamiento, mi asesinato...

—No necesita más recomendación...

Fue entonces Nancy quien clavó el cañón de su pistola entre dos costillas de Patrick, diciendo:

—Un buen elemento para la cámara de gas.

—Eso es. Ése será su final —sentenció Lawford.

El joven se encargó de desarmar e inutilizar a «Mandíbula Cuadrada», cuando aún estaba medio aturdido por el golpe recibido, que le había causado una herida por la que sangraba.

Lawford invitó:

—En marcha, jóvenes. Mi automóvil aguarda. No te preocupes por las manchas de sangre. Se lavan y no quedará ni rastro...

Hubieron de obedecer los dos hombres que, una vez en el automóvil, fueron ligados concienzudamente, para que no pudiesen rebelarse.

Patrick comprendió que había perdido la partida. Solamente un milagro le podía salvar.

Charles, como si adivinase sus pensamientos, dijo entonces:

—La época de los milagros pasó. Ahora estamos en la era atómica, que es más bien la época de las sorpresas...

Los dos prisioneros fueron desposeídos de sus ligaduras cuando se detuvo el automóvil en la parte trasera del edificio al cual correspondía el apartamento de Judy.

La rubia salió delante.

El lugar, mal iluminado, estaba desierto.

En el caso improbable de que Tomy, «el Dormido» estuviese libre, no podría verlos. Y lo mismo sucedería con los otros gangsters que debían coincidir en el lugar. Patrick comprendió que no tenía solución.

El camión preparado para aplastar a Lawford y los demás quedaría sin ocupación.

Nancy, que vestía pantalones, fue la que inició la subida por la escalerilla de emergencia.

Siguió «Mandíbula Cuadrada» y detrás subió Patrick, cerrando la marcha Lawford, con la pistola presta a tirar.

—Aunque se tirase, ni lograría sorprenderme, ni arrastrarme —previno el arquitecto a Patrick.

—No pienso en tal cosa. Tengo que verlo encerrado. Ha hecho usted mucho daño, ha matado a unos cuantos hombres, aunque la policía no lo sepa o pretenda ignorarlo.

—Usted lo sabe bien, ¿no?

—¡Claro que lo sé! —exclamó Patrick en un arrebató.

—He matado en defensa propia... Y a usted va a costarle trabajo explicar sin condenarse cómo sabe que fui yo quien los mató...

Patrick crispó las manos sobre las barandillas de la escalera.

—Arriba y a cerrar la cremallera, granuja. A menos que prefiera ser «pasado por el suavizador», aunque tenga que subirlo luego a cuestras.

Lo del «suavizador» lo dijo Lawford con marcada intención. Patrick comprendió que tan pronto diera motivo comenzarían los golpes y subió ya sin detenerse, sin oponer el mínimo de resistencia.

Nancy y «Mandíbula Cuadrada» se habían distanciado bastante y Patrick hubo de forzar la marcha a instancias de Lawford.

La entrada estaba vigilada por Glenn Meyer, el cual celebró la llegada de los «refuerzos», según los calificó con burlona y jovial expresión.

Apenas sí había puesto Patrick el pie en el apartamento de Judy, cuando ésta, que aguardaba sonriendo, le descargó en ambas mejillas una serie de fuertes y sonoras bofetadas que hicieron oscilar la cabeza del hombre a un lado y a otro.

Lo aturdió con lo inesperado de la acción y la violencia de los golpes, y él se sintió incapaz para reaccionar.

Y cuando intentó hacerlo, se encontró sujeto por Charles, que había saltado tras él.

La atractiva dueña del apartamento exclamó entonces:

—¡Eso es para que otra vez me mandes uno de tus asesinos! Y que me enviaste el más soez de todos, el peor.

—Terminado el incidente —anunció Lawford.

Pasaron al *living*, en donde habían sido reunidos los apresados.

Patrick se mordió el labio inferior cuando descubrió a Tomy, «el Dormido» entre el grupo.

Lawford explicó en tonillo irónico:

—No ha sido traición de Tomy. El huyó, pero yo lo volví a atrapar tan pronto cumplió la misión que me interesaba. Yo necesitaba sacarle a usted de su guarida de una forma natural.

Lawford, en plan humorístico, fue haciendo las presentaciones, señalando el papel que cada cual había desempeñado en el sucio negocio.

Lo hacía como si ensalzara méritos contraídos en una labor distinguida y beneficiosa.

Algunos no conocían directamente a Patrick como el hombre que los dirigía.

Sin embargo, Patrick, aun sin proponérselo, demostró que los conocía a todos.

—Falta Austen. Espero que no se habrá escapado —dijo Lawford, dirigiéndose a Meyer.

—Está ahí. Se siente un tanto indispuerto.

—¿Redactó el informe?

—Sí. Y lo ha firmado. Es muy completo. Está claro que si alguna responsabilidad cabe al arquitecto Gray, es no haber comprobado en cada momento que se cumplían sus órdenes...

—Naturalmente, eso es absurdo que lo haga un arquitecto. Se realizan algunas comprobaciones durante la construcción, pero no se puede hacer todos los días.

Lawford echó un vistazo al informe redactado y firmado por Mark Austen, lo aprobó y lo pasó luego a Nancy, quien lo leyó con más detenimiento.

Asintió la rubia, reflejando una viva sonrisa al tiempo que se le humedecían los ojos de lágrimas.

Un gesto de Lawford sirvió a Glenn para ir en busca de Mark Austen.

Tardó Glenn en regresar con el arquitecto, el cual, apenas entró en el *living*, dirigió a Patrick una imperativa mirada en la que se podía leer la amenaza, la imposición.

Palideció Patrick, el cual tragó saliva, mirando al recién llegado con la desorbitada expresión.

Lawford, que había calculado lo que podía ser la escena, hizo la presentación en el mismo tono festivo que había hecho las anteriores.

—El señor Gene Patrick, «jefe de operaciones» del gang para el cual trabajaba usted. Sí, el gang que le hacía chantaje...

Al escuchar las últimas palabras de Lawford, el asombro de Patrick llegó al máximo y hubo un momento en que no se sabía si iba a romper a reír o le iba a dar un ataque.

Logró dominarse y pudo escuchar la presentación que proseguía Lawford, señalando al arquitecto:

—El señor Mark Austen. No estoy muy seguro de que se conociesen.

—¿Mark Austen? —preguntó Patrick.

No se pudo contener y rompió a reír, repitiendo el nombre del arquitecto.

Cuando terminó de reír, se puso repentinamente serio y de no interponerse Lawford, habría golpeado al arquitecto.

Y acusó:

—Mark Austen o Irving Loy, es el «jefe», es el que lo ha promovido todo. El sí que me hizo chantaje para obligarme a trabajar para él.

Respiró fatigosamente, dando muestras de viva indignación.

—Explique eso —pidió Lawford.

—¿Está seguro de que es Mark Austen?

—Sí. Es mi jefe. Arquitecto jefe de la Delegación...

—Pues ha estado jugando con dos barajas, haciendo creer a todos que el jefe era Noel Chase. Hasta el propio Chase ha llegado a creérselo así.

—Explique eso —pidió Lawford.

Gene Patrick señaló a Austen y dijo:

—A él personalmente, como Irving Loy, no lo conocía más que yo. Por mediación mía entró en tratos con el grupo financiero que capitaneaba Noel Chase...

—¿Ellos no lo conocen como «el jefe», como Irving Loy?

—No. Ellos lo conocen en todo caso como Mark Austen. Él nos ha embrollado de una manera indigna y no sé cómo me contengo...

Austen había abandonado su papel de víctima y adelantó para decir:

—No se inquiete, Patrick. Yo lo explicaré. Usted se ha portado como los buenos. No tiene culpa de mi error al mezclar a Lawford en el asunto, ni de que sus muchachos hayan fallado con él.

—Menos mal —señaló el aludido.

Austen prosiguió dirigiéndose a Charles y concediendo una cierta atención también a la rubia Nancy:

—En una inspección a una obra del grupo Development of Pacific descubrí un serio fraude. Tanteé a Chase y respondió económicamente. Pagó bien mi silencio...

—¡Vaya con míster Austen! —exclamó Nancy.

—Vi el negocio entonces, un negocio borracho. Creé a Irving Loy, me serví como intermediario de Patrick e hice creer a Chase que tanto Austen como él estaban descubiertos y que Austen se tenía que someter. Y que él se debía someter también...

—¿Y accedió...? —dijo Lawford.

—¡Claro que se sometió! ¡Menudo estómago tiene ese fulano! —exclamó el arquitecto, perdiendo su línea de hombre elegante.

Prosiguió:

—Comenzamos los negocios sucios, los chanchullos en gran escala. Yo, como Austen, fingiéndome sometido, lo daba todo como bueno. Pero comenzaron a estorbar los de la South California. Recibí la impresión de que Gray se había dado cuenta de que les quitábamos trabajo para dárselo a otros. Temí que había oído uno de nuestros chanchullos y decidí que debíamos quitarlo de en medio, desacreditándolo, y con él a la empresa South California, cuyo hombre más representativo es él...

—No sé cómo no le marco la cara para toda su vida —amenazó Nancy.

—Porque es usted una señorita, pese a su «atrevida» novela. Que a mí no me ha parecido tan atrevida como todo eso. Creo que se quedó usted corta, a pesar de lo cual la felicito.

—¡Gracias, hombre! Es un detalle a su favor —respondió Nancy con ironía.

—A veces me he reído en grande cuando después de dar yo una orden a Patrick para que Chase la diese a Austen, el tal Chase se atrevía a chillarme y daba la impresión de que la idea la había elaborado él.

—Es para reírse... ¡Maldito farsante! —exclamó Patrick.

—Pueden detener a Chase y a todos los demás. Son unos auténticos granujas —señaló Austen.

—¿Y Beacon?

—¿Ése? Un granuja también, además de ser un pobre diablo. Es una pantalla política necesaria. Pensábamos encaramarlo al poder. ¡Y entonces sí que el negocio hubiese sido como para reventar!

Lawford prefirió no hacer el comentario que merecía la conducta del que había sido su jefe.

Nancy abrazó a Charles delante de todos.

—Gracias, Charles. Te debo mucho. Sin ti, nos habrían vencido...

—Pues cásese con él. Es usted un buen premio, señorita Gray. Y el chico lo merece —señaló Austen, dándose importancia.

—Es una idea, Austen, pero la tuve yo antes que usted —replicó Lawford.

—Usted ha nacido para derrotarme en todo. Le felicito.

—¿Quieres avisar a la policía, Glenn? —pidió Lawford a su amigo—. Aquí tenemos lo más importante. Pero deben detener también a Beacon, Chase y demás...

—Y han de poner en libertad a mi padre cuanto antes...

Austen dijo aún:

—Esto le habrá servido para conocer a ciertas personas, ¿eh, Judy Archer? Eres estupenda como mujer, pero un hombre no debe estar a tu lado más de cuarenta y ocho horas... ¡Eres casi de mi talla!

El vencido se mostraba aún en todo su cinismo. Pero faltó poco para que Judy lo arañara.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias 1911 - Valencia 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monterroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.